

ALFONSO OLIVERA

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

POLICIAGO

LOS SICARIOS DE LA JERINGA

Ralph Barby



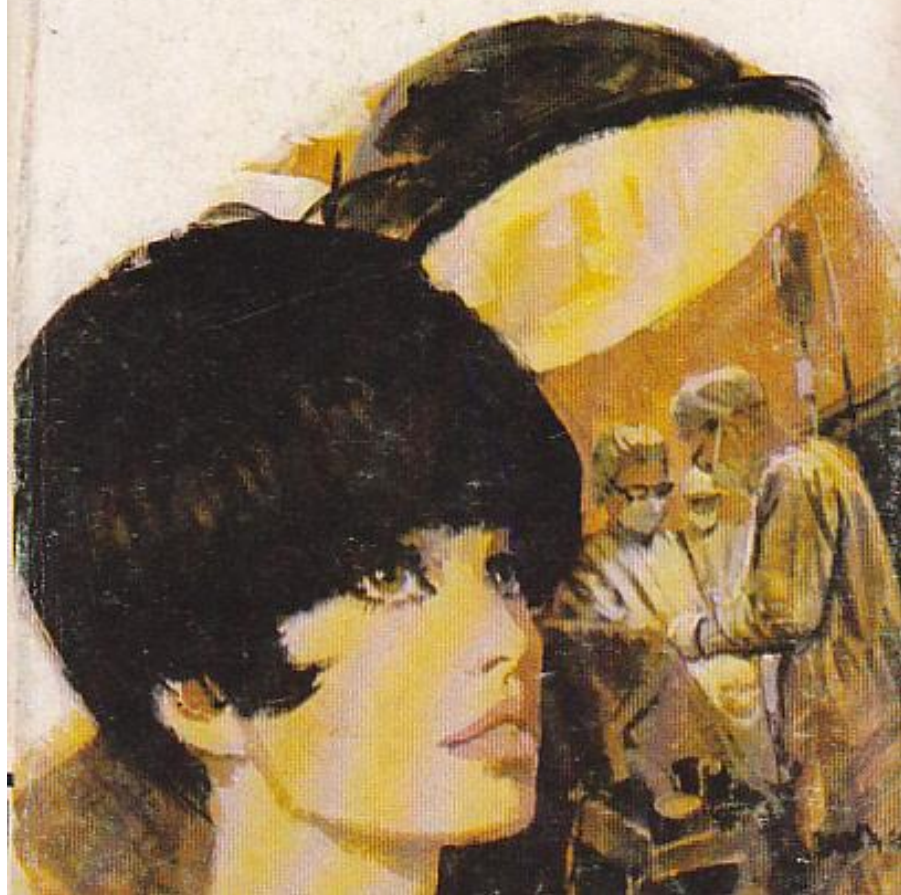
**BRUGUE
RA**

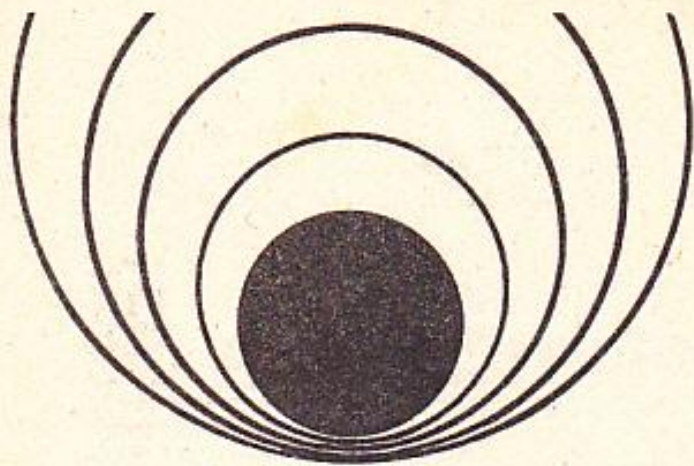
BOLSILIBROS

T POLICIAO

LOS SICARIOS DE LA JERINGA

Ralph Barby





PUNTO ROJO



RALPH BARBY

LOS SICARIOS DE LA JERINGA

Colección PUNTO ROJO n.º 1.132 Publicación semanal

ROJO

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA
EDITORIAL

En Colección COLORADO:

838 — La larga espera de la muerte.

En Colección KANSAS:

734 — El comisario rebelde.

En Colección CALIFORNIA:

881 — Buscando a un tramposo.

En Colección BRAVO OESTE:

585 — Colt a sueldo fijo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.705 — Un tipo cínico como yo.

En Colección SALVAJE TEXAS:

1.437 — Aguacates.

En Colección PUNTO ROJO:

1.130 — El play-boy de las funerarias.

En Colección ASES DEL OESTE:

647 — Los torturados de Nogan.

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.879 — Palabra de macho.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

85 — Una bala para un Colt.

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 40.244-1983

Impreso en España Printed in Spain

1.* edición en España: enero, 1984 1.a edición en América: julio.

1984

© Ralph Barby - 1984

texto

© Badía - 1984

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S
A Camps y Fabrís, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona • 1984

CAPITULO PRIMERO

Aceleró la moto-scooter. No era muy ruidosa, pero Pierre sabía que tenía que revisar el tubo de escape, debía estar algo sucio.

Rodar por «Paris la nuit» le parecía hermoso al joven, apenas un muchacho, entre otras cosas porque el asfalto lo era casi todo para él.

Automóviles a decenas, a centenares de millares, dormían en los garajes, en los parkings privados, en las calles, sobre las aceras, por todas partes había coches detenidos.

Sólo de vez en cuando pasaba alguno rápido o un autocar de turistas que regresaban de ver algún *strip-tease* en Pigalle.

Se introdujo en la rué Sorbier. Ver los números de los portales en la noche no era fácil, pero se había empezado a acostumbrar a su trabajo de correo nocturno.

Vio a un hombre en un portal abierto. Se acercó a él, subió a la acera y sin detener la motocicleta, preguntó:

—¿Usted espera al «Angel de la guarda»?

—Sí, sí, yo les he llamado —asintió.

Apenas había luz allí. El hombre llevaba un gabán pardo. No se encasquetaba sombrero, pero Pierre tuvo la impresión de que usaba peluca.

El paquete no era grande, una caja de un kilo de peso.

—Veinticinco francos, señor —le dijo Pierre.

—Sí, veinticinco. Toma, quédate cinco para ti.

—Gracias, señor —aceptó Pierre que esperaba los habituales gruñidos de protestas del cliente al conocer el precio del transporte nocturno. Siempre había que explicar que por la noche había un incremento, un plus por nocturnidad. En las condenas de cárcel, también se aplicaba un plus de años por nocturnidad...

—Aquí, aquí tiene la dirección, Boulevard des Italiens...

—Sí, ya veo —dijo Pierre, encendiendo una pequeña linterna para poder leer las señas.

Desvió el foco de la linterna y la luz dio en el rostro de aquel individuo. Por un instante, vio un rostro anguloso, mal afeitado, con la nariz aplastada y quizás no por nacimiento, sino porque debía haber recibido un mal golpe y luego no había pasado por un cirujano plástico para que se la enderezara.

El desconocido le apartó la linterna de un manotazo. El jovencísimo Pierre casi estuvo a punto de perderla.

El cliente intentó mitigar su brusquedad diciendo:

—Me molesta la luz. Tengo que dejarte, mi mujer está enferma.

Pierre no hizo comentarios. Notó en la voz de aquel hombre un acento raro, un acento extranjero.

Introdujo el paquete en su macuto y puso a rodar de nuevo la moto-scooter sin despedirse de aquel tipo que por una parte daba propina, pero por otra se comportaba con excesiva violencia.

Se alejó de la rué Sorbier, volvía a ser dueño del asfalto. Cruzada en su espalda llevaba una banda reflectante en la que podía leerse: «EL ANGEL DE LA GUARDA».

Las luces del París nocturno pasaban raudas a su derecha, a su izquierda, por encima de

él. Se metió en la avenida de la República, qué distinto era rodar de noche.

Algunos coches pasaban ahora muy veloces. Un policía se le acercó por la izquierda, lo vio por el retrovisor que se erguía altanero desde el manillar izquierdo. Cuando casi llegaban a su altura, soltó la manecilla de la moto e hizo un saludo amistoso.

Los gendarmes del furgón le rebasaron lentamente, observándole con atención, y luego aceleraron, alejándose sin llegar a exigirle que se detuviera para pedirle la documentación.

Conocía bastante bien París; no obstante, eran muchas las ocasiones en que tenía que echar mano de la guía. Quiso acortar camino y se introdujo por una calle peor iluminada.

Lo que más le agradaba era cuando tenía que cruzar los puentes del Sena.

Las luces de unos faroles se reflejaron en su espejo retrovisor. Pierre sabía que con una moto-scooter no podía hacer alardes en cuanto a velocidad, las ruedas eran pequeñas y cualquier coche podía adelantarle con facilidad. Por ello, se hizo a un lado para dejar paso libre al automóvil que parecía seguirle, aunque le lanzaba fogonazos de luz como para advertirle de algo.

De pronto, recordó que precisamente en aquella calle vivía Maurice. Sí, estaba muy cerca de Maurice, pero no era cuestión de ir a visitarlo a aquellas horas de la madrugada.

Quizás, ni estuviera en París, solía viajar mucho. Maurice era un tipo que se las arreglaba muy bien, le llevaba diez años de edad y parecía que esos dos lustros de diferencia los había vivido a tumba abierta.

Fue todo muy rápido...

Se sintió empujado, no pudo controlar la scooter y se fue contra el bordillo. La moto no subió bien y brincó. Se golpeó entre un árbol y un automóvil que estaba aparcado, cayendo sobre el capó del motor y de éste, al suelo.

Fueron varios golpes seguidos. Las luces impactaron en sus retinas y tuvo la impresión de oír varias carcajadas. Dentro del coche, cuatro maleantes de la noche se divertían por haberle atropellado y el motor del auto criminal roncaba acelerando para alejarse de aquel lugar.

La moto se paró sola y Pierre permaneció un tiempo quieto en el suelo; no supo si fueron segundos o minutos.

—Cabrones, hijos de puta —masculló mientras miraba a un lado y a otro y sólo veía ruedas, pues había acabado cayendo entre dos coches estacionados bajo el techo de las estrellas, pues los árboles estaban sin hojas.

Se levantó con muchas dificultades. La pierna derecha no le sostenía y temió haberse partido los huesos.

Se tocó el rostro y sus dedos se mancharon de sangre. Ignoraba con exactitud dónde tenía las heridas. Veía bien. Sentía un zumbido en la cabeza, pero pensó que lo sucedido no era muy grave. Fue hasta la moto mascullando y la subió a la acera. Intentó ponerla en pie, pero no pudo debido a que él mismo tenía que sostenerse con una pierna.

—¡Hijos de puta, hijos de puta! —siguió rugiendo.

El pequeño vehículo era de su propiedad, la empresa «El Angel de la Guarda» no se hacía responsable de él. El accidente tendría que pagarlo el seguro, pero su seguro no cubría la propia moto, sino daños a terceros.

Tocó el macuto, el paquete que le confiaran continuaba dentro, no le había ocurrido

nada. Miró los portales y buscó con avidez. Avanzó cojeando hasta llegar al portal que buscaba. Se pegó al cuadro de timbres y pulsó fuertemente el que correspondía a la buhardilla «dos».

—¿Quién es el cabrón que llama a estas horas? —preguntaron.

—Maurice, Maurice, soy Pierre, abre...

—¿Qué diablos quieres a estas horas? —gruñó Maurice a través del interfono. La voz había brotado ronca, destemplada.

—Maurice, me caigo, no puedo aguantar más —dijo Pierre, perdiendo la voz.

El muchacho se apoyó en la sólida puerta de madera con refuerzos de hierro.

Maurice vivía en la buhardilla, bajo el tejado de sesenta grados de inclinación.

Decidiendo que el ascensor sería lento para la prisa que llevaba, salió del apartamento y prácticamente voló por la escalera.

Saltaba los peldaños de siete en siete, cubierto tan sólo por una bata corta, pues no llevaba más ropa encima. Una planta, otra... Las alcanzaba en dos o tres saltos cada una de ellas mientras sus ojos brillaban con angustia. Al final, cruzó el gran vestíbulo, llegó hasta la puerta y la abrió.

—¡Pierre!

El joven se le vino a los brazos.

Lo estrechó contra sí. Pierre aún llevaba el casco protector, pero su cara estaba manchada de sangre.

—No me siento bien —balbuceó.

—Te voy a llevar al hospital.

—No, no es para tanto, se me pasará. Dame, dame un trago...

—Vamos arriba, veremos de qué se trata. ¿Qué te ha ocurrido?

—Me han atropellado. La moto está ahí fuera, tirada, por poco me matan.

Maurice, más alto y fuerte, más ancho de espaldas, lo metió en la cabina del ascensor y subieron, aunque el ascensor no llegaba hasta la planta de las buhardillas, sino que como altura máxima se detenía en la planta inmediata inferior, por ello tuvieron que subir el último tramo a pie.

—¿Te duele mucho la pierna?

—Sí, un poco.

En la cama de Maurice había una chica de abundantes cabellos negros que mostraba ojos somnolientos.

—Eh, tú, sal de ahí —ordenó Maurice a la que había sido su pareja hasta aquel momento.

—¿Qué pasa? Parece medio muerto, tiene mucha sangre.

—Puñetas, coge una toalla mojada y una palangana y vente a la cama, vamos a lavarlo.

A ver qué le pasa a mi hermano,

—Ah, ¿es tu hermano?

—Casi —respondió Maurice, lacónico.

Maurice casi desnudó el chico que se sintió seguro entre las manos del que le llamaba su «hermano». Después de moverle la pierna, lo que le produjo fuertes dolores que tradujo en muecas, pues evitó gritar, Maurice opinó:

—Por suerte, no te has roto los huesos de la pierna, pero te la has torcido. Los dolores

no se te van a pasar en un mes y puede que te salgan cardenales en cantidad, siempre sucede después de un accidente. Mejor sería que vieras a un médico. ¿Has podido ver la matrícula del que te ha atropellado?

La chica se había puesto una camisa de Maurice que le venía grande y apenas abrochada, por lo que los ojos del joven Pierre pudieron ver sus opulentos pechos, las piernas y algo más.

—Eh, tú —le reconvino, burlón, mientras con la toalla le lavaba la cara.

La chica sonrió y se abrochó un par de botoncitos. Después, se sentó en la cama.

—¿Te han pegado? —preguntó al chico.

—No, no, iba con la moto y un coche me ha golpeado por detrás y me ha enviado contra otros coches. Me han roto la moto.

—Sólo tienes un corte en el pómulos, la nariz algo aplastada y el labio inferior cortado.

Poca cosa, de ésta no te vuelves como el monstruo de Frankenstein. El casco te ha salvado; de no llevarlo, te habrías partido el cráneo.

—Maurice, déjame tu moto.

—¿Quééé?

Más que extrañeza era estupefacción lo que reflejaba el rostro de Maurice.

—Ya sabes que soy un recadero urbano del «Ángel de la Guarda». Tengo que entregar un paquete esta misma noche.

—Al infierno con él —replicó Maurice.

—Has tenido un accidente, guapo —le dijo aquella chica de la cual Pierre ignoraba el nombre, pues Maurice solía cambiar bastante a menudo de amigas.

—Si no llevo el paquete, habrá protestas, perderé el empleo.

—No le des importancia a eso ahora, Pierre —le exigió Maurice.

El muchacho se incorporó en la cama hasta sentarse. Su cuerpo desnudo aparecía muy delgado en contraste con el musculoso y nervudo de Maurice.

—Tengo que entregar el paquete o perderé el trabajo —repitió— y es muy difícil encontrar empleo.

—Pero, ¿a qué diablos le llamas empleo? Los recaderos como tú tenéis que poner la moto, la gasolina y cobráis una miseria.

—No quiero perder el empleo —insistió Pierre con tozudez.

—Nena, dale un trago largo de coñac a mi hermanito que tiene miedo de perder el empleo cuando ha estado a punto de perder la vida.

—No quiero perder el empleo en «El Angel de la Guarda»; además, me gusta.

—No te lo quitarán; ha sido un accidente —le dijo ella, tratando de calmarlo, mientras le escanciaba coñac en un vaso y no en una copa.

Maurice puso cara de circunstancias. Suspiró ruidosamente, se puso en jarras frente a la cama y preguntó:

—¿Cuántos paquetes te quedan por repartir esta noche?

—Uno, uno sólo.

—¿Y adónde tenías que llevarlo?

—Al Boulevard des Italiens.

—Está bien, dámelo.

—¿Lo llevarás tú?

—¿Qué es lo que no voy a hacer por un hermanito cabezón?

—Está en el macuto.

—Bien.

Se puso un slip, se calzó los pantalones y protegió su cuerpo con una camisa y una cazadora de piel. Se encajó el casco que era negro brillante, con una franja reflectante amarilla en horizontal, tomó el macuto y dijo:

—Ahora vuelvo. —Miró a la chica y le pidió—: Haz que se duerma.

—¿Y cómo?

—Tú sabrás, ¿no eres una hembra? Todas las mujeres tenéis instinto maternal y a la edad de Pierre, la mayoría de los chicos aún no han superado el complejo de Edipo.

Maurice abandonó la buhardilla. Cerró la puerta de un portazo mientras gruñía por lo bajo:

—Esto sólo lo hago por mi hermanito...

La motocicleta de Maurice se hallaba en un parking subterráneo sin guarda al que se accedía por una puerta estrecha, de la cual poseían llave quienes tenían su vehículo en aquel lugar.

La motocicleta era de mil centímetros cúbicos, grande y pesada, poderosa y veloz cuando había mucha cinta de asfalto por delante.

Rodando con aquella máquina no era fácil que ningún coche le diera alcance, si es que el piloto, en este caso Maurice, no lo permitía, pues le bastaba con darle gas para que acelerara hasta rebasar los doscientos por hora, lo que en la práctica era imposible dentro de la ciudad.

Llegó al Boulevard des Italiens. Subió la moto a la acera, la dejó con el caballete para que no volcara y se dirigió a la puerta, encarándose con el panel de timbres que tenía un ojo electrónico que debía ofrecer imagen a una pantalla dentro de cada una de las viviendas.

Pulsó el timbre del cuarto primera. Hizo la llamada con insistencia hasta que respondió una voz femenina por el altavoz escondido tras una artística rejilla de acero inoxidable.

—¿Quién es?

—«El Angel de la Guarda» —respondió Maurice, despectivo y casi sintiéndose en ridículo.

—¿«El Angel de la Guarda», está de broma? —preguntó la mujer.

—No, señora. «El ángel de la guarda», recadero puerta a puerta las veinticuatro horas del día. Ahora, por supuesto, servicio nocturno. Si no baja, me largo y mañana tendrá que ir a buscar su paquete a la central.

—¿Puede mostrarme el paquete? Colóquelo delante de su cara.

—Sí, claro —aceptó Maurice de mala gana.

Tras observar el paquete, la mujer abrió la puerta mediante el pulsador eléctrico.

Maurice, pensando en Pierre y para que no hubiera reclamaciones en

su contra, teniendo en cuenta el valor que el muchacho daba a aquel empleo que no quería perder, se metió en el edificio.

Subió en el ascensor hasta la planta cuarta. La puerta primera estaba abierta sólo el espacio que permitía la cadenita de seguridad.

—No se fía, ¿eh? —rezongó Maurice, mirando el bello rostro femenino que aparecía

entre la puerta y la jamba.

—Es que por la noche hay muchos asaltos —se excusó ella.

—Tiene que firmarme esta hojita —le dijo, sacando el papel y un bolígrafo del macuto.

La mujer firmó y le devolvió el bolígrafo. Maurice le pasó el paquete por el reducido espacio que dejaba la cadena de seguridad.

—Ya es tuyo, encanto. No te voy a violar con la puerta encadenada, sería demasiado incómodo y a mí me gusta pasarlo bien —gruñó, sarcástico.

Regresó al ascensor.

Descendió, cruzó el vestíbulo y salió a la calle. Puso la motocicleta en marcha y saltó al asfalto cuando ocurrió lo inesperado...

Se produjo una violenta explosión en la cuarta planta del edificio. La ventana con cristales, marco, cortinas y persianas, salió volando en medio de un fogonazo cegador.

—¡Dios! —exclamó Maurice entre dientes, y le dio el máximo de gas a su poderosa moto, alejándose de un lugar donde él ya no podía hacer nada, salvo que se quedara a esperar a la policía para que se lo llevara detenido por terrorista.

CAPITULO II

El cenicero estaba lleno de colillas de cigarrillo. La chica se acercó a Maurice por la espalda y le revolvió los cabellos con los dedos.

—Pareces muy preocupado —le dijo, aplastando sus senos por entre las orejas masculinas, pues Maurice estaba sentado frente a la mesa y ella, de pie tras él.

—Ya te he dicho que Pierre es mi hermanito.

—Duerme como un bebé. La verdad es que no os parecéis en absoluto.

—El es hijo de la mujer que se casó con papá cuando mi madre ya estaba muerta.

—¡Qué lío! ¿Y tu padre, dónde está ahora?

—No lo sé, ni me importa. Quizá dentro de algunos años llegue a preocuparme.

—¿Pierre vive con ellos?

—No, los viejos terminaron por largarse. Yo ya me había ido antes de casa.

—¿A vivir tu vida?

—Ajá —respondió, llevándose un nuevo cigarrillo a los labios y prendiéndole fuego con un fósforo.

—¿Y Pierre se quedó solo?

—Sí, también vive su vida. Nos vemos de vez en cuando, le tengo aprecio. No somos hermanos de sangre ni de apellidos, pero como si lo fuéramos. Mi padre se casó con su madre, ¿qué podemos ser, entonces?

—Hermanos. —La chica se echó a reír.

—Bien, preciosa, cuando salga el sol coges tus cosas y me abandonas.

—¿Me echas?

—No te echo, me abandonas. Lo nuestro terminó.

—¿Así de simple? —preguntó ella, un tanto decepcionada.

—Sí, así de simple. Hace una semana no te conocía y mañana, tú ya me habrás olvidado a mí.

—¿Y si no quiero marcharme? —inquirió, desafiante.

—Lo harás. Hasta ahora, ninguna chica me ha durado más de siete días.

Molesta, irritada, se plantó ante él y silabeó:

—Eres un cerdo, Maurice.

—Posiblemente, y ahora que lo dices, por eso me gusta acostarme con las cerditas. No lo estropees ahora con una rabieta, quiero guardar buen recuerdo de ti.

—¡Está bien, ahí os pudráis!

La chica abandonó el apartamento-buhardilla dejando solos a Maurice y al adolescente Pierre.

Maurice dejó que pasaran las horas. Salió a la calle y compró el periódico. También compró leche en envase de cartón, café soluble, y unas pastas y regresó al apartamento-buhardilla. Pierre se había levantado y se enfrentaba al espejo del cuarto de aseo, un cuarto de aseo hecho por encargo, pues aquel apartamento, tiempo atrás, no debía haber tenido sanitario propio.

—¡Maurice!

—Hola, Pierre.

—Estoy hecho una mierda —se quejó, tocándose la cara.

—Sí, eso se ve a distancia. ¿Cómo te va la pierna?

—Mal, no puedo apoyarla en el suelo.

—Te llevaré al hospital después de desayunar y darás parte de lo ocurrido.

—¿Crees que vale la pena? —preguntó, moviéndose con dificultad hasta sentarse en la silla frente a la mesa.

Maurice se ocupó de preparar el desayuno, haciéndolo con la

naturalidad del que está acostumbrado a vivir solo.

—He visto la moto y te va a costar unos francos arreglarla, quizá sea mejor que te compres otra. ¿No os pagan un seguro de accidentes en el dichoso «ángel de la guarda»?

—Sí, pero no incluye el vehículo, que es propiedad de quien lo utiliza.

—Bueno, mientras te paguen el hospital y una indemnización por una semana de baja, será suficiente. Hay que hacer las cosas en regla, hermanito.

—¡Aquellos tipos! —bramó.

—¿Tipos? ¿Eran varios, los viste?

—No, sólo les oí. Creo que eran una pandilla de «robacoches»; seguro que era robado.

—Es posible, y eso se lo vas a contar a la policía. Fuiste atropellado criminalmente y te salvaste por milagro. Puede que una semana metido en la cama o quizá más te vuelva a poner la pierna bien. Eres joven y parece que el hueso no está roto, pero hay algo más, Pierre, mucho más.

—¿Más? —preguntó, mientras comenzaban a tomar el café con leche y pastas.

—Sí —respondió Maurice sin mirarlo, buscando entre las noticias del periódico hasta que encontró la que deseaba. La leyó y después dijo—: Aquí está.

—¿El qué?

—Lee.

—A ver...

Con la boca llena, comenzó a leer:

«Explota una bomba en un apartamento del Boulevard des Italiens. Una mujer ha muerto destrozada por la fuerza explosiva. El apartamento ha quedado destruido y también parte de los colindantes y el piso inmediato superior que se ha hundido en parte. No ha habido más heridos, pero sí ataques nerviosos...»

—Vaya, un acto de terrorismo.

—Siempre que alguien recibe un paquete bomba, recibe la visita del terror.

—¿Alguna vendetta política? —preguntó Pierre.

—No lo sé, Pierre, pero parece que hay algo en lo que no has caído; quizá se deba al golpazo que te diste en la sesera.

—¿Y en qué es en lo que no he caído? —preguntó el chico, perplejo.

—¿No has leído el Boulevard des Italiens, no has visto el número?

—Sí, claro pero... ¡Ah! —exclamó de pronto, abriendo mucho los ojos y la boca. Volvió a mirar el periódico y luego a Maurice, inquisitivo.

Este asintió con la cabeza antes de puntualizar:

—Esa bomba que ha destrozado a una mujer hasta dejarla inidentificable, la llevabas en

tu macuto de «ángel de la guarda» y yo la entregué.

—No es posible, Maurice, no es posible...

—Sí lo es. Yo la entregué, vi a la mujer y luego me largué. Cuando ya había puesto la moto en marcha, explotó; seguramente acababa de abrir el paquete. Lo malo es que la policía puede llegar a localizarnos y esta historia es un verdadero lío, hermanito.

Comenzarás por contarle a la policía que era un encargo nocturno de la agencia de recaderos puerta a puerta, les dirás que un coche te atropelló, que te refugiaste en mi casa sangrando, donde yo estaba encamado con una chica de la que ya no me acuerdo cómo se llama. Que me pediste que llevara el paquete en tu lugar al Boulevard des Italiens y que allí, después de que yo se lo entregara a una mujer, por cierto bellísima, estalló y ella se convirtió en picadillo, lista para' ser transformada en hamburguesa.

—Así es —asintió Pierre.

—Sí, pero la policía no se lo va a creer y tú y yo iremos a la trena. Es posible que al final lleguen a pensar que no tenemos motivos para entregar un paquete- bomba a una desconocida, pero hasta esa conclusión va a pasar tiempo y a mí no me gustan los interrogatorios.

—Es que ha sido así, Maurice.

—Ya lo sé, pero la policía no se lo va a creer, hermanito, y más si el comisario que nos toque en suerte nos sale tozudo como una mula. Puede emperrarse en que somos recaderos de la muerte a sueldo.

—¿Sicarios?

—Más o menos.

Ante aquellas reflexiones, Pierre quedó muy preocupado. Al final, preguntó:

—¿Y qué hacemos?

—Pues, ir al hospital y dar parte del atropello, como si tal cosa. Hay que darle naturalidad a este asunto y tú presentarás la baja para no perder tu «magnífico» empleo

—dijo con sorna—. Yo la entregaré y tú te quedarás en la cama descansando; no obstante, la policía dará con nosotros tarde o temprano.

—¿Cómo?

—No lo sé, alguien pudo verme. Está la agencia del «Angel de la Guarda» que puede relacionarte con el domicilio siniestrado, hay casualidades, ojos que te ven en la noche cuando crees que no hay nadie. De todos modos, tú no tienes por qué saber nada.

—Pero, tú sí lo sabes.

—Yo sólo sospecho, voy a averiguar más. ¿No te das cuenta de que podíamos haber volado tú y yo con ese maldito paquete-bomba? Especialmente tú que caíste de la moto, podía haber estallado y ahora serías una hamburguesa.

—Cierto, podía haber estallado —admitió Pierre que había perdido el apetito y estaba decaído, como si le hubiera bajado la presión sanguínea a causa de las heridas.

—¿Cuánto te pagaron por llevar ese paquete?

—Veinticinco más cinco.

—Menudo trabajo por treinta francos... ¿Y el plus de peligrosidad, hermanito?

—No bromees, Maurice, esto es muy serio, puedo verme en la cárcel.

¿Y dices que la mujer era hermosa?

—Sí, preciosa. Ojos verde esmeralda y cabello castaño claro, lacio y largo. Ahora, me vas

a decir quién te entregó el paquete-bomba.

—Un tipo en, en... La dirección estará anotada en el bloc de servicios.

Pierre lo buscó. Pasó unas hojas y señaló:

—Este es, Joseph Dupont.

—¿Joseph Dupont, hermanito? Eso es como no decir nada.

—Tengo su domicilio y su número de teléfono. En los servicios nocturnos, para comprobar que la petición no se trata de una broma, exigimos el número de teléfono del hipotético cliente. Este cuelga y entonces le llamamos nosotros. Si contesta, es que va en serio, que es lo habitual.

—Bueno, no es poco —admitió Maurice—. Tenemos el nombre, la dirección y el número telefónico. Por cierto, ¿el tipo te esperaba en la casa? Me refiero en la dirección que te dieron.

—Sí, en el portal.

—¿Cómo era ese tipo?

—No se veía bien, era noche cerrada y allí apenas hay luz, tuve que usar mi linterna. Era un tipo con aspecto de mala leche y mal afeitado. Ahora recuerdo que se molestó.

—¿Por qué?

—Le iluminé la cara con la linterna. Creo que tenía la nariz aplastada por un puñetazo.

—Bien, bien, tenemos algo para comenzar.

—¿Qué piensas hacer?

—Visitar al tipo ese. Presumo que habrá volado, pero lo primero es que tú pases por el hospital y des parte del atropello de que has sido objeto. Quizá la policía encuentre al coche que tenga el parachoques abollado. De todos modos, hermanito, te convienen unos días de vacaciones para disfrutarlos en la cama.

—¿Y tú?

—¿Yo? No sé, puede que vaya de pesca.

—No sabía que te gustara pescar.

—Yo tampoco, pero puede que ahora sí me guste y pesque algo gordo.

CAPITULO III

La rué Sorbier no era una calle amplia sino todo lo contrario. Por su calzada podían pasar dos automóviles, pero como junto a una de las aceras había ya una interminable fila de coches estacionados, sólo circulaban por el espacio libre en una única dirección. Por allí pasaban peatones, pero no en demasía.

Maurice estacionó su poderosa motocicleta a cierta distancia y avanzó mirando los números de los portales hasta que se detuvo en el veintitrés.

Era un portal viejo aunque remozado haría ya unos diez años o quizá más, porque lo remozado comenzaba a hacerse viejo también. Un rótulo no mayor de un palmo, grabado en latón, rezaba: «ANALISIS CLINICOS BOIS».

Se internó en el vestíbulo y buscó en los buzones.

Encontró a un decorador, a un abogado llamado Sarcleur y a un fotógrafo, un tal Faucon, por lo que dedujo que allí no vivía nadie. Todo el edificio, que no era muy alto, pues sólo tenía tres plantas y una buhardilla, estaba dedicado a negocios.

Una casa de decoración, un fotógrafo, un abogado y un laboratorio de análisis clínicos...

Desde cualquiera de aquellos locales podían haber hecho la llamada, sólo tenía que averiguar cuál era el teléfono que había llamado a la agencia de mensajeros, teléfono que Pierre había conseguido desde el propio hospital antes de que le enyesaran la pierna, lo que al joven adolescente le había molestado sobremanera.

Efectivamente, no se había roto ningún hueso, pero sí una buena cantidad de fibras musculares y le habían dicho que lo mejor era enyesarlo e inmovilizarlo en la cama durante unos días.

Maurice le había recomendado paciencia. La motocicleta no iban a devolvérsela, pero por lo menos el seguro de accidentes le curaría. Maurice había prometido visitarle con frecuencia.

Había conseguido espigar en una guía telefónica y el número que tenía anotado correspondía a Faucon.

«No cabe duda, es el fotógrafo», se dijo, tras examinar los buzones.

La primera planta se hallaba dedicada a los análisis clínicos. Una puerta de madera negra estaba abierta y dejaba ver otra puerta de cristal en la que podía leerse «análisis clínicos».

La otra puerta del mismo rellano permanecía cerrada, por lo que dedujo que toda la planta estaría dedicada a los análisis. Subió más escaleras y encontró la siguiente planta iluminada por un fluorescente que contrastaba en demasía. Una puerta era la del decorador y la otra, correspondía al abogado, por lo que sólo quedaba subir al tercer piso donde estaba el fotógrafo.

En la otra puerta, no había rótulo alguno. Después, la escalera se estrechaba y conducía a la buhardilla.

Se decidió y llamó a la puerta del fotógrafo. Nadie respondía e insistió en la llamada.

Reflexionó y opinó que era lógico que se hubiera largado por si la policía aparecía por allí.

Un tanto defraudado, descendió la escalera cuando se abrió la puerta que correspondía

al bufete de abogado. Salió un hombre bajito, con un enorme bigote y el cráneo sonrosado y ya casi sin pelo. Le miró con cierta suspicacia y preguntó:

—¿Busca algo?

—Al fotógrafo Faucon.

—¿Es urgente?

—Bueno, pues si.

—No está.

—Sí, eso parece, he llamado y no responde.

—Lo que quiero decir es que está de viaje, no sé si por Africa o Asia. Faucon siempre anda de viajes, es un tipo de suerte.

—¿Y no sabe si vive alguien más arriba?

—¿Arriba? No, no, él tiene un catre, yo he subido algunas veces. Trae modelos, pero sólo de vez en cuando. Ya le digo que es un tipo de suerte, pero vive solo.

—En fin, ya le iré llamando por teléfono.

—Si quiere dejarle algún recado, métaselo por debajo de la puerta. El buzón acaba llenándose y las cartas pueden perderse.

—Gracias por el consejo.

No volvió a subir. Pasó por delante de la puerta donde el rótulo advertía «Decoración» y comenzó a descender.

La puerta que correspondía al laboratorio de análisis clínicos se abrió y vio salir a una mujer joven que alzó el cuello de sus tres cuartos de piel negra, una prenda muy apta para protegerse del frío y la lluvia.

Recibió como un impacto y tuvo la impresión de que aquel rostro lo reconocía en el acto.

Siguió tras ella. No le cabía duda, era la mujer joven y bellísima del Boulevard des Italiens.

Lo que menos podía esperar Maurice en aquellos momentos era encontrarse a la mujer que había visto en la noche, una hermosa mujer que suponía despedazada por el explosivo. Si hubiera tenido creencias espiritistas, habría dicho que la muerta había regresado a la vida...

Decidió seguirla con sigilo.

Salió a la calle, la observó a distancia y vio que se introducía en un automóvil utilitario, por lo que fue hasta su motocicleta y se ahorcájó en ella, poniéndola en marcha. Al poco, iniciaba el seguimiento de la desconocida.

Maurice se acercó al coche para observar mejor a la mujer y ahuyentar de sí todas las dudas. Por otra parte, ella no podía reconocerle, pues él llevaba la cabeza oculta bajo el casco protector y casi parecía un astronauta.

Cruzó gran parte de la ciudad, parecía dirigirse hacia la Tour Eiffel.

Al fin, ella se detuvo en la rué Saint Dominique y se apeó del coche. Para no despertar sospechas, Maurice pasó de largo. Giró en la siguiente esquina y a distancia observó en qué portal entraba.

Estacionó la motocicleta y regresó a pie para mirar en el portal de la escalera en que acababa de introducirse la joven de cabellos castaño

claros. Allí vivía y al parecer también atendía a sus pacientes, un tal doctor R. Gounie.

Miró hacia las ventanas y tuvo la impresión de que le observaban desde alguna de ellas.

Regresó a su máquina, sacó un bloc de notas y apuntó el nombre del doctor Gounie. Se dispuso a esperar, lamentando que en aquel lugar no hubiera ningún bar en el que poder tomar algo y observar a distancia hasta que ella volviera a salir.

¿Qué relación podía tener aquella mujer con el doctor? Estaba seguro de que terminaría por averiguarlo. Vio llegar taxis y otros automóviles. El doctor Gounie recibía a sus pacientes, algunos de los cuales volvían a salir del edificio. Al fin, apareció la joven acompañada de otra mujer más mayor, quizá una cincuentona.

Montó en su motocicleta, poniéndola en marcha.

Se dispuso a seguirlas de nuevo. Si tenía que vérselas con la policía, daría datos, aunque no entendía bien lo que ocurría.

¿Cómo aquella hermosa y joven mujer podía estar circulando por París cuando él la había visto en el apartamento que voló por los aires al recibir el paquete bomba? ¿Quién era la muerta, entonces?

Fue tras ella. Se percató de que la mujer se había fijado en que era seguida y lo demostró acelerando su coche; pero para Maurice resultaba un juego de niños seguirla.

El automóvil comenzó a dar vueltas por las calles de París y su itinerario parecía carente de toda lógica, pues volvieron a pasar por donde ya habían circulado con anterioridad.

La mujer se saltó un semáforo en rojo, pero ni así pudo escapar de Maurice que viendo automóviles a distancia, esperó a que apareciera la luz verde y no tardó en alcanzar a su perseguida. Le era fácil filtrarse entre las hileras de coches.

Cuando se hallaban frente a la gare du Nord, el cochecito se detuvo y se apeó la cincuentona.

Maurice frenó y se detuvo a distancia. El coche reanudó la marcha y como convencida de que no lograría escapar, la mujer se introdujo en un estacionamiento subterráneo.

Maurice se introdujo también para evitar que ella se le esfumara por alguna puerta interior.

El cochecito, con las luces apagadas, se había estacionado de cara a la pared. Maurice se decidió; el lugar era magnífico para hacer algunas preguntas.

Tras descabargar de la moto, se acercó al coche sin quitarse el casco. Observó a distancia que el cristal de la portezuela estaba bajado y vio asomar lo que le pareció el cañón de una pistola.

Temiendo que el agujero del cañón escupiera plomo, se parapetó tras el coche, agachándose.

Ella accionó el contacto y tras colocar la marcha adecuada, hizo rodar el vehículo bruscamente hacia atrás, con evidente intención de atropellar a Maurice que, tras apoyarse en el parachoques, se subió al techo del cochecito.

La mujer maniobró con violencia. El siguió cogido al techo, temiendo que alguna de las canalizaciones que asomaban en el techo del parking subterráneo le diera un golpe mortal.

Por el cristal posterior, ella pudo ver los pies de Maurice calzados con gruesos zapatos y mientras movía el volante con la diestra, sujetó la pistola con la izquierda. La sacó por la ventanilla mientras tomaba la rampa para descender a una planta inferior y disparó con la esperanza de alcanzar al hombre.

La bala rozó la cazadora de piel de Maurice y antes de que un segundo proyectil

disparado de aquella manera tan forzada le diera de lleno en el pecho o en la cabeza, sujetó la mano y desvió la pistola hacia el techo. Ella disparó dos veces más.

Los estampidos parecían el petardeo de un motor de explosión mal ajustado. Por ello, producidos en medio de la circulación de un automóvil, no habrían de llamar la atención.

Le retorció la mano mientras ella maniobraba sólo con la diestra en una posición muy forzada. El coche efectuó varias maniobras que podían calificarse de escalofrantes y rozó otros parachoques y una columna.

Retorciéndole la mano para arrancarle la pistola, arriesgándose a caer,

Maurice la obligó a frenar. Ella lo hizo con tal brusquedad que el hombre cayó por el cristal delantero, sobre el capó del motor, pero él no soltó la muñeca femenina, lo que le frenó en la caída y dedujo que casi la había dejado sin brazo.

Ella gritó, pero en ningún momento tocó el claxon.

Maurice saltó al suelo. Se había hecho con la pistola y apuntó con ella a la mujer, obligándola a salir.

—Vamos, afuera.

—No me mates, no me mates —suplicó ella, sollozante, sin atreverse a salir pese a que él le había abierto la puerta.

—Ésta sí que es buena. Me dices que no te mate cuando quien me iba a matar eras tú con esto. —Le mostró la pequeña pistola con la que la mujer le había hecho tres disparos y de uno de ellos se veían las huellas en la cazadora de piel.

—Tenía que defenderme.

—¿De quién?

—De ti.

—Yo no te he hecho nada, encanto, nada.

—Me has estado siguiendo, quieres matarme.

—Anda, aparca bien. Si alguien nos ve a distancia, va a llamar a la policía y creo que los dos nos vamos a meter en líos. O si prefieres que vayamos a la policía...

Secándose los ojos, con el miedo en sus bonitos labios, preguntó como la niña que teme que su papá le dé una azotaina:

—¿De veras no vas a matarme?

—No —dijo él—. Ya sé que hay mucho asesino suelto, pero yo no voy a matarte, hoy tengo otros planes. Anda, estaciona bien.

Ella obedeció, maniobrando lentamente. Maurice abrió su portezuela y le pidió:

—Abre la otra también, hablaremos aquí dentro. Ah, y mírame —le pidió, quitándose el casco.

Ella miró el rostro de aquel hombre joven y moreno, un rostro que llevaba una barba recortada que le daba cierto aire intelectual. Sus ojos azules brillaban con picardía.

—Ya te he visto.

—¿No me recuerdas?

—No.

—¿De veras? —insistió, sentándose junto a ella.

—No te he visto nunca.

—Mientes —dijo él. Mirando la pistola, abrió la pequeña guantera.

—Es que no sé, no sé, puede que me confundas.

—Te vi en el Boulevard des Italiens —dijo despacio, sin quitarle los ojos de la cara para ver su reacción—. Te llevé un paquetito de madrugada, yo hacía provisionalmente de recadero del «Angel de la Guarda» y te entregué el paquete a ti. ¿No recuerdas ahora?

—No, no recuerdo.

—¡Mientes!

—No recuerdo —insistió ella.

Maurice quedó unos momentos preocupado, preguntándose si se habría equivocado de mujer; pero no, aquellos ojos verdes eran inconfundibles, aquellos cabellos no iba a olvidarlos. Sí, era la misma mujer.

—¿Dónde estabas ayer por la noche?

—En mi apartamento. ¿Quién eres tú, un policía, por qué me interrogas, por qué me atacas?

—No soy ningún policía, pero si quieres, vamos a la comisaría, los dos contaremos muchas cosas.

—Yo no tengo nada que ver con la policía.

—¿Cómo te llamas?

—Gabrielle.

—Muy bien. Gabrielle, yo quiero respuestas. Tengo la impresión de que andas metida en un lío gordo y que estás asustada.

—Sí, me da miedo que me ataquen en un parking subterráneo, me da miedo, soy una mujer.

—¿Te han violado alguna vez en un lugar como éste?

—No.

—Pues ganas no les habrán faltado a muchos.

—Creo que te has equivocado de mujer.

—No, no me he equivocado. Tú abriste la puerta y yo te entregué el paquete.

—¿Qué paquete?

—Vamos, vamos, no te hagas la tonta, el paquete.

Gabrielle suspiró. Cambió el tono de voz y hasta la mirada para preguntar:

—¿Esta es tu particular forma de ligar?

—Gabrielle, encontraré al que entregó ese paquete al «ángel de la guarda» y averiguaré todo el meollo de este lío.

—No sé de qué me hablas, pero da la impresión de que quieres jugar a detectives.

—Puede. Las novelas de serie negra siempre me han gustado y me han enseñado algunas cosas.

—¿Ah, sí, y qué cosas son esas?

—No te fíes de ninguna mujer y si es bonita, menos. Y si te encuentras con un cadáver, no te pases de listo llamando a la policía en seguida, puede que esté vivo o no sea quien crees que es.

—¿Es un trabalenguas o una adivinanza? —inquirió la joven, ahora burlona.

—¿Sabes una cosa, Gabrielle?

—No, si no me la dices.

—Verás, en una ocasión tuve un tropiezo y conocí al comisario Momon, un tipo muy comprensivo que me dijo que no me metiera en más líos y que si en alguna ocasión me

sucedía algo desagradable, recurriera a él, que vería de ponerle solución.

—¿Y?

—Pues, que podemos ir a visitarlo. Le contaré mi historia, tú le cuentas la tuya a Momon, que es comisario y no juez, pero en este caso puede actuar como tal, que juzgue. ¿Qué te parece mi idea?

—Yo tengo otra —dijo ella, resuelta.

—¿Cuál?

—Ven a mi apartamento y mientras tomas unas copas te lo cuento todo.

—¿Y tu apartamento es cómodo?

—Pequeñito, pero como vivo sola es confortable —De acuerdo, yo te seguiré en mi moto. Y no trates de huir, porque tengo tu matrícula y sé que te llamas Gabrielle, aunque a lo peor es mentira.

—Es cierto, mi nombre es Gabrielle.

—De todos modos, te encontraría, porque sé algo más sobre ti.

—¿Más, el qué?

—Te lo contaré en otro momento.

Cogió de nuevo la pistola, le quitó el cargador y lo vació de balas. Volvió a dejarlo en la culata.

—No vuelvas a usar este juguete, puede traerte complicaciones.

El hombre abandonó el coche y fue en busca de la poderosa motocicleta mientras se cubría la cabeza con el casco. Ella no tardó en pasar junto a él con su cochecito y Maurice la siguió para no perderla de vista.

CAPITULO IV

Utilizando el ascensor, subieron a la cuarta planta de un edificio que

debía tener cuatro o cinco décadas de antigüedad, pero estaba muy bien remozado.

El apartamento, como Gabrielle había adelantado, era muy cómodo. Una salita, una habitación, un cuarto de baño muy completo y confortable y. una mini-cocina americana que daba a la salita levantando una especie de persiana que formaba como un mural.

La joven puso en marcha un compacto de disco-láser y por dos altavoces estratégicamente distribuidos comenzó a brotar la música en hifi y estéreo. Era clásica ligera y en adagio, resultaba agradable.

—Yo tengo un apartamento-buhardilla —dijo él

—¿Cómodo?

—Sí, pero algo más frío que éste en invierno y caluroso en verano. Bueno, no está mal del todo y seguro que mantenerlo me cuesta menos que a ti éste.

—Seguro, porque a mí me sangran —dijo ella, preparando unos vasos—, ¿Coñac o whisky?

—¿Tienes naranjada?

—Sí.

—Ponía con vodka.

—De acuerdo, tomaré lo mismo.

Gabrielle supo preparar la bebida. Maurice se dejó caer en el sofá. Frente a él había un aparato de televisión apagado.

—¿En qué trabajas?

—Soy enfermera.

—¿Ayudas al doctor Gounie en su consulta privada?

—¿Al doctor Gounie? —Se echó a reír levemente—. No, no, soy enfermera, pero de laboratorio, hago análisis. Creo que no sabría cuidar bien a un enfermo aunque aprendí a hacerlo en la escuela de enfermeras.

—¿Lo tuyo es meter la sangre en tubitos o bajo la mirada del microscopio?

—Más o menos.

—¿Y es divertido?

—No está mal —respondió, sentándose cerca de él también con su vaso de naranjada con vodka.

—¿Te pagan bien?

—Lo suficiente. Estoy cualificada, eso es importante para que los doctores confíen en el trabajo de una.

—Magnífico.

—¿Y tú qué haces?

—Trabajos. Me sale una cosa aquí, otra allá, nada serio. Estoy ahorrando.

—¿Para qué?

—No sé, para montar un negocio, quizá de motos. No tengo el futuro muy claro. De vez en cuando hago de comentarista de discos para una radiodifusora, llevo coches de lujo de un país a otro porque sus propietarios prefieren viajar en avión o entrego coches nuevos de un país a otro. También he llevado camiones TIR en viajes largos.

—Una vida movida, ¿eh?

—Sí, y en alguna ocasión me he visto en problemas.

—Eres un aventurero nato. Aún no me has dicho cómo te llamas —observó Gabrielle, mostrándose un tanto cariñosa.

—Maurice, y tengo la impresión de que me he metido en un lío gordo que se convertirá en un gran pastel del que voy a sacar buena tajada.

—¿Estás seguro de que hay un pastel?

—Seguro, y tú vas a ayudarme.

—¿Cómo?

—Primero, contándome quién es la muerta y luego, qué hacías tú en el apartamento del Boulevard des Italiens.

—Sigo sin entenderte, te confundes de persona.

—¿Sí? Entonces, ¿por qué no has querido que fuéramos a la policía.

—Para no tener problemas, no deseo que ningún comisario me interrogue. Todos tenemos cosillas en las que no queremos que la policía se inmiscuya.

—¿Y qué es lo que temes, que la policía te descubra?

—Haces demasiadas preguntas.

—Y tú me das pocas respuestas.

—¿Te das cuenta de que me has perseguido, me has acosado, me has atacado y yo sólo sé de ti que te llamas Maurice y que me cuentas unas historias a medias de las que no entiendo nada?

—Y tú, por poco me matas a tiros.

—Estabas encima de mi coche, me he sentido atacada.

—Al final conseguirás que crea que me he equivocado de chica.

—Si al final lo reconoces, será mejor para ambos. Yo quedaré tranquila y tú no perderás el tiempo conmigo.

—Contigo no pierdo el tiempo, preciosa —paseó su mirada por el cuerpo atrayente de la mujer—. Los ojos, y más en la noche, engañan, pero...

—¿Pero qué? —inquirió, algo provocativa.

—Pues, que si la hubiera besado y te besara a ti ahora, seguro que no iba a equivocarme.

—¿Tan experto eres en los besos?

Maurice apoyó sus manos sobre las caderas femeninas y movió los dedos como asegurándose bien. Las caderas quedaban bien marcadas, aptas para ser cogidas por las manos del hombre.

—¿Vas a besarme? —preguntó ella sin miedo, mirándole a los ojos sonriente, dejando incluso que las manos de Maurice permanecieran sobre su cuerpo.

Se inclinó sobre ella y la besó en la boca. Gabrielle continuó sin rechazarle y él prosiguió con la caricia. La soledad del apartamento que ofrecía su confortabilidad mientras la música seguía sonando,

empujó a Maurice a volcarla de espaldas sobre el sofá.

—Será mejor que te vayas, Maurice, que vivas tu vida.

—¿Me adviertes de algo?

—Ya me has besado, ahora déjame.

—No, ahora empieza lo mejor.

En aquel momento, sonó el estridente timbre del teléfono y ambos volvieron sus miradas hacia el aparato.

—Olvídalo —susurró él.

—No, lo siento pero no.

—Olvídalo.

—Te digo que no —replicó la mujer, forcejeando por escapar mientras el teléfono seguía sonando con insistencia.

CAPITULO V

El doctor Gounie enfiló su automóvil contra la verja de la mansión de los Saint Nicol.

Tocó un par de veces el claxon y se oyó ladrar a unos perros que acudieron a la verja alzándose de patas, iluminados por los faros del lujoso automóvil de color azul oscuro, tan oscuro que parecía negro.

Un vigilante sin gorra, luciendo una abundante mata de cabello, se acercó a la verja.

Tocó un silbato que no se oyó y los perros se alejaron, desapareciendo de aquel lugar.

Franqueó la verja y el coche entró sin que el doctor Gounie tuviera que decir nada.

La mansión de los Saint Nicol tenía la solera de los años, años que se veían en las piedras del edificio y en la frondosidad de los árboles que se erguían arrogantes en los jardines que rodeaban la casa.

Gounie se detuvo frente al atrio y salió del coche. Salvó los seis anchos peldaños y llegó a la puerta que se abrió ante su presencia como si fuera la puerta de unos grandes almacenes o de un aeropuerto, pero allí había un mayordomo que recogió su sombrero y el abrigo. Lo que no soltó el doctor Gounie fue su maletín, un maletín ancho y moderno de piel negra brillante, cuero de res canadiense magníficamente curtido.

—Le están esperando, doctor.

Se limitó a asentir con la cabeza y siguió al mayordomo.

El doctor Gounie miraba a través de unos cristales montados al aire. Era un hombre alto, de calva casi completa y su rostro era ancho y sanguíneo. Aparentaba más edad de la que realmente tenía. A simple golpe de vista se notaba que era un hombre seguro de sí mismo, acostumbrado a dominar a los demás.

En la biblioteca de la mansión en torno a la larga y maciza mesa de caoba, había seis personajes, todos con caras largas y ojos inquisitivos, cuatro hombres y dos mujeres. Una de ellas rondaba los sesenta años y la otra, tendría entre veinte y treinta.

Los hombres también variaban en sus edades, aunque predominaban los que estaban entre cincuenta y sesenta años.

—Buenas noches, señoras y caballeros, ya estamos aquí.

—Que no nos moleste nadie —dijo uno de los cincuentones, acercándose al mayordomo y asegurándose por sí mismo de cerrar la puerta. Después, regresó a su sitio tras la mesa. Todas las miradas convergían en el médico.

—Ha llegado el momento escogido. Es posible que no tengan otra oportunidad semejante a ésta —comenzó a decir el doctor—. Yo, de ustedes, no perdería la ocasión.

Las acciones de las empresas Saint Nicol están bajando.

—¿Cuánto tiempo cree que puede vivir el abuelo? —preguntó la mujer joven.

—Señorita Vivie, el abuelo, como usted le llama, puede vivir bien entre diez y veinte años más, es un hombre fuerte. Lo mismo que ustedes, descende de una familia particularmente longeva, pero su mentalidad mercantil y social está anclada en tiempos pasados y lo que fue bueno para los negocios hace veinte o treinta años, ya no sirve, el mundo ha cambiado —dijo el doctor Gounie como una lección bien aprendida.

No había en sus palabras, en sus tonos, la más ligera vacilación, el más pequeño lapsus.

—El anciano sufre porque tiene que desplazarse en silla de ruedas —observó el que

había dado orden al mayordomo de que nadie les molestara.

—El anciano señor es el padre de usted, pero, dejemos eso a un lado, veamos este asunto desde la vertiente moral, aunque algunos digan que no la tiene. El señor Saint Nicol, que heredó de su padre las empresas Saint Nicol y que consiguió ampliarlas, sufre, sufre mucho. No es el hombre que era en su juventud y en el esplendor de su madurez.

Hay que ayudarle a morir, pero, como es lógico, la sociedad no permite la eutanasia activa. Este asunto se llevará con el máximo secreto. Sé que en las familias importantes como la que ustedes forman, hay secretos que se guardan con el mismo esmero que los

gobiernos guardan sus secretos de estado que, de divulgarse, no les iban a beneficiar. El anciano Saint Nicol está enfermo, no es aún una enfermedad muy grave, un proceso gripal con fiebre, justo lo que les dije que precisaba. ¿Lo ha visitado el médico de la familia?

Todos asintieron.

—Magnífico, ahora le veré yo y no habrá problemas si tiene fiebre.

—Le hemos dado el somnífero que usted recetó —dijo el mayor de los allí reunidos.

—Magnífico, magnífico, todo está a punto. Ustedes son los herederos y cuando reciban la herencia, pueden formar un grupo para relanzar las empresas Saint Nicol o gastarse cada cual lo que le corresponda como mejor le parezca. Serán ustedes libres, mientras que ahora dependen de un anciano decrepito parapléjico, déspota e insultante, que les menosprecia. Y todo el odio que va acumulando al ver cómo su vida se apaga, lo vuelca sobre ustedes.

—No es necesario que nos dé una conferencia acerca del rencor que Saint Nicol suscita en nosotros —le cortó la sesentona que era la hermana mayor del anciano parapléjico.

—Ustedes quieren heredar y para eso, él tiene que morir. Ustedes han pedido mis servicios y yo estoy aquí para atenderles.

—Usted fue quien sugirió la posibilidad de adelantar la muerte de Saint Nicol, de mi padre —puntualizó el hijo mayor, añadiendo—: Por medios naturales, claro está.

—No teman. Si nadie de los que aquí están habla, la muerte pasará por natural. Morirá en el centro médico que escoja el médico de la familia y la ciencia no va a poner ningún reparo a su muerte. Como es lógico, tratará de salvarle por todos los medios, máxime habiendo dinero para pagar cualquier tratamiento, pero para mayor efectividad de mi procedimiento, ustedes deben retrasar al máximo la entrada del paciente en una unidad de cuidados intensivos, pues en ocasiones consiguen verdaderos milagros.

—¿Qué garantía de éxito tiene su tratamiento? —preguntó otro de los presentes.

—El noventa por ciento, pero tiene el cien de seguridad de que no será descubierta ninguna anomalía.

—Entonces, siga adelante —le dijo el que hablaba en nombre de los demás y que era el hijo mayor de Saint Nicol.

Mientras al doctor Gounie abría su maletín, dijo:

—No tengan ningún problema de conciencia, sólo le vamos a ayudar a bien morir.

¿Para qué prolongarle una vida decadente, anclado a una silla de ruedas, hundiendo las empresas Saint Nicol? Ustedes mismos reconocen que les llevaría a la quiebra y que, jurídicamente, no pueden impedirlo.

Abrió su maletín dentro del cual había un bolso también de piel que sólo ocupaba una

pequeña parte del mismo.

—Bien, señoras, señores, paguen mis honorarios en su primera parte y la otra mitad podrán hacerla efectiva cuando reciban la herencia. Prometo mi asistencia a los funerales del señor Saint Nicol.

Cada uno de los presentes sacó un fajo de billetes y los fue introduciendo en el maletín, todos eran billetes de uso corriente. El doctor Gounie no se molestó en contarlos. Sacó el pequeño bolso de mano y cerró el maletín que ahora contenía una importantísima cantidad de dinero.

—Consideren este dinero como una inversión para el relanzamiento de las empresas Saint Nicol. Ahora, acompáñenme a la habitación del enfermo.

—Yo no quiero subir —rechazó Vivie, que era la nieta del viejo.

—Insisto en que suba —dijo el doctor Gounie—. Todos hemos de estar en lo mismo. De esta forma, se guardan mejor los secretos de familia, hay que compartir por igual los beneficios y las culpabilidades, pero no tengan problemas de conciencia. Es una eutanasia, ayudaremos a bien morir a un anciano, nada más.

—Sobrina —le dijo el hijo mayor de Saint Nicol—, hagamos lo que él dice.

La joven se resignó y todos subieron a la alcoba donde el anciano yacía en su lecho, recargado como todo el mobiliario y la decoración de la mansión. Respiraba muy mal debido a la congestión de sus vías

respiratorias. La piel de su frente estaba tensa, brillante.

El doctor tomó una mano del enfermo y ésta cayó blanda. Gounie asintió con la cabeza mientras la familia observaba en silencio.

Gounie observó la silla de parapléjico que aguardaba allí a que el anciano se levantara.

Abrió el pequeño bolso sobre la mesita y de él sacó una jeringuilla de veinte centímetros de cubicaje y una botella que contenía un líquido oscuro.

—¿Es veneno? —preguntó Vivie.

—No debería pronunciar jamás esa palabra, señorita. Esto es sangre, sangre humana que pasará al riego sanguíneo del enfermo y anulará sus defensas naturales mediante un procedimiento biológico muy complejo. Digamos que quedará apto para aceptar cualquier órgano que quieran trasplantarle. No opondrá ningún tipo de rechazo y los virus y bacterias que en forma natural se cobijan ahora en sus vías respiratorias y corriente sanguínea, podrán desarrollarse con mucha facilidad porque él habrá perdido toda clase de inmunidad. La muerte sobrevendrá por la enfermedad que tiene en este momento, una enfermedad que su cuerpo no podrá soportar pese a los tratamientos que le apliquen a partir de mañana. Ustedes dejen que el médico de la familia venga a su hora habitual, ya se encargará él de que le lleven a una unidad de cuidados intensivos. Los virus y las bacterias que se multiplicarán en su cuerpo harán todo el trabajo, porque no se podrá atajar su multiplicación y ataque. Ahora, creo que ya hemos hablado demasiado.

—Es diabólico —comentó por lo bajo la sesentona, hermana menor del paciente.

—Pero efectivo —le dijo su sobrino que era casi tan mayor en edad como ella.

El doctor Gounie buscó en los pliegues de los brazos y sonrió al descubrir la marca de una inyección anterior. Aprovechó aquella marca para introducir la aguja e inyectar la sangre patógena en la vena del anciano que dormía, posiblemente sumido en pesadillas a causa de la congestión de sus vías respiratorias.

—Listos. Volveremos a vernos. Señores, no permanezcan más tiempo en esta alcoba, cargarán el ambiente y el enfermo respirará peor —dijo con una sonrisa sarcástica.

El doctor Gounie abandonó la mansión a bordo de su automóvil y se perdió en la noche de París. Junto a él viajaba el maletín repleto de dinero.

Iba satisfecho, sonriente. No era la primera vez que llevaba a cabo aquel tipo de operación, se le podía calificar como un perfecto sicario científico. Había hecho aquel tipo de trabajos incluso fuera de su Francia natal. Inglaterra, Alemania Federal, Bélgica, España, Italia... Cualquier país era bueno para practicar una eutanasia secreta, decía él, encubriendo lo que no era más que un diabólico asesinato, con todos los agravantes de premeditación y abuso de superioridad.

Se detuvo frente a la puerta del parking comunal, propiedad de los vecinos que residían en la misma manzana de casas en aquel barrio elegante donde los edificios se construyeron cuando no eran necesarios los garajes y sí había cuadras para las caballerías y cobertizos para proteger los carruajes.

Todo aquello, con el paso del tiempo, se había convertido en un modernísimo parking.

Moviendo un dial del radio-cassette incorporado en su coche, abrió la puerta del garaje por control remoto sin tener que apearse del vehículo.

Siguió adelante y fue a buscar los espacios que le correspondían, pues disponía de cuatro plazas aunque sólo tenía ocupadas dos.

Detuvo el coche. Apagó las luces, quitó la llave del contacto y tuvo la impresión de que había una sombra que se interponía entre él y la luz que se había encendido con el mismo automatismo que abriera la puerta por control remoto.

Se volvió hacia el cristal de la portezuela y a través de él pudo ver los fogonazos anaranjados.

Eran disparos hechos a muy poca distancia.

Las balas perforaron el cristal, lo convirtieron en una especie de tela de araña mientras el doctor Gounie desencajaba las mandíbulas y sentía cómo algo maligno le mordía dentro del cuerpo. Sí, le mordía con ferocidad, arrebatándole la vida dolorosamente.

Se derrumbó sobre el volante y la sangre comenzó a escapar de su cuerpo.

CAPITULO VI

—¿Cómo te encuentras, Pierre?

El adolescente sonrió al que consideraba su hermano.

—Es jodido estar aquí —señaló su pierna enyesada, tendida a lo largo de la cama.

—Seguro que te dejan salir pronto.

—Dicen que si muevo los músculos rotos será peor.

—¿No ha venido a verte nadie?

—Pues no, pero ya me estoy ligando a una enfermera.

—Vaya, las enfermeras están muy ligonas últimamente —comentó Maurice, sonriente.

—No te burles.

—No, si no me burlo, yo he conocido a otra.

—Eres un tío de suerte.

—He pasado por la oficina del «Angel de la Guarda» y la verdad es que allí tenéis una rubia maciza que no está nada mal.

—Ya la han sobado todos.

—¿Todos los chicos de las motos del «Angel de la Guarda»?

—Salvo los que sean maricones, sí.

—De modo que tú también, ¿eh?

—Bueno, me ha servido para entrenamiento.

—Pues ándate con cuidado, porque esa rubia te puede succionar hasta el líquido de los ojos y te van a traer de vuelta al hospital.

—Maurice, ¿qué has averiguado?

—Nada concreto todavía, pero estoy husmeando.

—¿Y la policía?

—De momento no relaciona lo ocurrido en el Boulevard des Italiens con el paquetito que tú llevabas en el macuto, lo malo es que pueden llegar a encausarnos.

—¿Por qué?

—Por ocultación de pruebas.

—¿Qué pruebas ocultas?

—Pruebas, lo que se dice pruebas, ninguna, pero yo llevé ese paquete al lugar del siniestro, claro que puedo alegar que no sé ni sabía nada.

—¿Crees que nos atraparán?

—¿A ti ha venido a verte la policía?

—Sí, y me ha pegado un susto de miedo, pero se han limitado a preguntar por el golpe que me dieron y que por poco me mata.

—¿Te han preguntado adónde ibas?

—He explicado que estaba de servicio en «El Angel de la Guarda».

—Para ellos será un trabajo de rutina.

—¿Crees que encontrarán a los pandilleros que me embistieron con el coche?

—No, y menos si el coche era robado. Ya estará abandonado por alguna parte, quizá destrozado. Esos muchachos andarán por ahí cometiendo nuevas salvajadas hasta que ellos mismos terminen estrellándose con un coche robado o sean capturados por la policía y llevados a la cárcel.

—Maurice, no quiero perder el empleo. Me gusta eso de ir por ahí con la moto y si encima me pagan, pues... Me va bien, aunque sean pocos francos.

—Te sacarás el carnet de primera especial y cuando puedas, te haces con un coche y si te gusta la ciudad, te conviertes en taxista.

—Me gustaría mucho ser camionero, pero se me haría un poco pesada la carretera, yo soy un ratón de la ciudad.

—Serás un excelente taxista. Cuando lleves tu taxi, ya te conocerás bien París y sus alrededores, serás un buen profesional.

—Y tú, tú qué serás?

—¿Yo? Yo ya soy.

—Sí, claro, pero ¿qué eres?

—No lo sé. Me cuesta mucho estar atado. Cuando encuentre algo más a mi medida, ya veremos.

Maurice se despidió de Pierre al que había dejado algunas revistas y una novela gruesa para que no se aburriera, también un pequeño transistor para que oyera música y noticias.

Subió en su poderosa máquina de mil centímetros cúbicos y con la cabeza cubierta por el casco, se alejó del hospital.

Estacionó su motocicleta sobre la acera y se acomodó en un bar del Boulevard Haussmann tras comprar un periódico de última hora.

Buscó la página de sucesos y le sorprendió la noticia del hallazgo del cadáver del doctor Gounie en su parking, abatido a tiros. Según el comentarista, se desconocían los móviles del crimen.

En apariencia, no había habido robo, pues el doctor conservaba su anillo, su reloj de gran calidad y la cartera que ni siquiera había sido sacada de su chaqueta y la cual tenía un agujero de bala. El asesino había ido por él, disparándole a través del cristal de la ventanilla.

—Vaya, vaya...

Miró en derredor, nadie reparaba en él. ¿Cuál sería la relación exacta entre la mujer muerta en el Boulevard des Italiens y el médico?

Se tomó un café bien caliente, hacía frío. El cielo estaba encapotado y amenazaba lluvia.

Cuando salió a la calle, se metió en una cabina de teléfonos y allí marcó un número que llevaba anotado en un bloc de notas.

—¿El comisario Momon?

—¿De parte de quién? —preguntó la voz de un inspector.

—De un cliente suyo.

—¿Un cliente, está de broma?

—El comisario me hizo un favor y ahora quiero devolvérselo.

—¿Cómo?

—Dándole una noticia.

—¿Cuál?

—Date prisa, que se me acaban las monedas y estoy en un teléfono público —apremió Maurice, cortando la curiosidad del inspector ayudante del comisario.

La voz cascada del comisario Momon no tardó en dejarse oír.

—¿Quién llama? Te advierto que me cago en los anónimos.

—Comisario, un día me hizo un favor y ahora se lo devuelvo, aunque sea en parte.

—¿De qué se trata? No tengo tiempo para bromas.

—De la explosión en el Boulevard des Italiens.

—¿Cómo dices?

—La explosión de goma-2 en el Boulevard des Italiens. No sé si lleva usted este caso, pero no trate de entretenerme para que me busquen los coches patrulla. Si alarga la conversación, las monedas se acaban y yo me largo.

—Desembucha.

—No sé quién fue el que envió el paquete bomba. Sí sé que el que lo entregó no sabía de qué iba el asunto.

—¿Ah, no, era un angelito?

—Sí, eso, era un angelito de la noche, no sabía nada. El paquete salió de la calle Sorbier 23.

—¿De la rué Sorbier?

—Está cerca de Pere Lachaise, el cementerio, ya sabe.

—¿Seguro que no fuiste tú el del paquete?

—Tengo prisa, comisario Momon. Ah, y la muerte de la mujer... Era

doctora, ¿verdad?

—Sí.

—Pues tiene que ver con la muerte del doctor Gounie o por lo menos, me lo parece a mí.

—Y tú, ¿quién eres, el asesino o un imbécil que se pone a jugar a detective privado? Te advierto que puedes verte en la cárcel por entorpecer la labor de la justicia, ¡maldita sea!

—estalló el comisario Momon al oír el pitido. Al otro lado habían colgado el teléfono.

Maurice tomó la precaución de borrar las huellas dactilares del teléfono.

Disimuladamente, también limpió lo que había podido tocar de la puerta.

Cuando se alejaba, vio un coche policial que rodaba veloz en busca de la cabina telefónica. Había sido localizada, pero Maurice ya se alejaba con su motocicleta de aquel lugar. Ya no podían decirle que no había denunciado a la policía lo que él sabía.

Se dirigió al apartamento de Gabrielle, pero ésta no estaba o cuando menos, no respondía a la llamada. Con un gesto de su rostro, reflejó su profunda contrariedad.

Vio un quiosco de periódicos y revistas a lo lejos y decidió que iba a comprar todos los ejemplares que le pudieran informar acerca de los sucesos que estaban marcando su vida.

Médicos, enfermeras... ¿Terminaría alguien más en la Morgue?

CAPITULO VII

Gabrielle examinaba por el microscopio una muestra de sangre previamente colocada en el cristalito; sin embargo, no estaba viendo la composición de aquella sangre.

Gabrielle, enfermera diplomada en laboratorio de análisis, se hallaba atenta a la puerta del despacho del doctor Duroc, director-gerente del laboratorio. Los minutos pasaban y ella tenía dificultades en controlar su tensión.

Al fin, se abrió la puerta del despacho del director- gerente y aparecieron los policías, el comisario Momon y dos ayudantes. Todos iban con el rostro ceñudo. Miraron en torno suyo; allí no trabajaban más que cinco personas, dos médicos especialistas en análisis de laboratorios clínicos y tres enfermeras altamente cualificadas como lo era Gabrielle.

El comisario Momon se detuvo y los dos inspectores que ejercían de satélites suyos hicieron lo mismo.

Gabrielle temió que de un instante a otro el comisario se dirigiera hacia ella y le pusiera la mano en el hombro, pero no ocurrió nada.

El comisario Momon sacó un paquete de cigarrillos, lo tendió a sus subordinados y cuando éstos hubieron cogido sus respectivos cigarrillos, él puso uno entre sus labios y le prendió fuego con el encendedor de un inspector. Dio una chupada, se fijó en el letrero que prohibía fumar y se marcharon.

—Gabrielle.

Algo sobresaltada, se apartó del microscopio. Su mirada fue hacia la puerta del despacho de dirección. El doctor Duroc, con su eterna bata blanca, le hizo un gesto con la mano.

Dejó su puesto y anduvo hacia el director que la hizo pasar al pequeño despacho lleno de archivos metálicos. Aquel laboratorio de análisis clínicos no había sido montado para impresionar a nadie; era un lugar efectivo para que un grupo de médicos privados obtuvieran análisis clínicos rápidos y a un precio asequible.

—Siéntese.

—Sí.

—¿Ha visto a esos hombres que han salido?

—Sí, la policía.

—Exacto.

—¿Han venido por la doctora Poniat?

—Así es, por Marta. Usted era muy amiga suya, ¿verdad?

—Sí, éramos amigas, aunque en el laboratorio ella era la doctora Poniat y yo, su ayudante.

—Ha sido una desaparición lamentable en todos los aspectos, porque era un excelente profesional, una magnífica mujer, y por la forma en que ha muerto.

—¿Sabe la policía quién es el asesino?

—No, no sabe nada aún. Se ha barajado la cuestión política, pero la doctora no era judía ni turca, en fin, que no se le conocían problemas políticos ni raciales. Me han hecho muchas preguntas.

—¿Drogas?

—Bueno, por ahí han ido muchos tiros, pero yo ya he dejado bien claro que en este laboratorio prácticamente no utilizamos drogas para nada. No es un lugar donde se fabriquen fármacos, sino simplemente para hacer análisis clínicos. Aquí no curamos a nadie, damos resultados sobre muestras que recibimos. Hacemos unos mínimos cultivos para investigación, nada importante. El comisario Momon se ha marchado de aquí decepcionado.

—¿Usted no sabe por qué mataron a la doctora Poniat?

—No, ni lo sospecho, hasta podría tratarse de una equivocación de los terroristas, aunque —suspiró— nunca se sabe la verdad de las vidas de cada persona.

—Cierto.

—Usted que la conocía mejor, ¿no imagina por qué ha podido ser atacada en forma tan brutal como fue ponerle una bomba en su apartamento?

—No, no, ¿qué iba yo a saber?

—Bien, bien. La he llamado para decirle que posiblemente será interrogada. Me han preguntado quién tenía más amistad con Marta, y yo, como es lógico, les he dicho que su ayudante, que era usted.

—Sí, claro, responderé a lo que me pregunten.

—Bien. Ahora, usted continúe trabajando en el laboratorio como siempre hasta que encontremos a otro doctor o doctora que supla a Marta.

Gabrielle abandonó el despachito del director-gerente del laboratorio y se reincorporó a su tarea. Llegó la hora de salir y al pasar al rellano de la escalera, ensimismada, oyó una voz que la interpelaba desde el piso superior.

—Gabrielle, Gabrielle...

Miró hacia arriba y descubrió el rostro de un hombre que tendría algo más de treinta años. Lucía una abundante cabellera.

—François...

—Sube, Gabrielle.

—¿Ahora?

—Sube —insistió, ante el gesto dubitativo de la joven.

Gabrielle se resignó y subió la escalera hasta el piso superior. François aguardaba junto a la puerta que tenía un letrero que rezaba «Decoración».

—¿Qué quieres?

—Pasa, pasa —le apremió, nervioso. Si no sudaba, estaba a punto de hacerlo.

Cerró la puerta y la hizo pasar a una sala muy elegante donde había fuertes contrastes entre blancos, negros, rojos y amarillos. La invitó a sentarse en un sofá dorado y se apresuró a prepararle bebida en un vaso largo.

—No, no quiero beber ahora, he de ir a almorzar.

—Bueno, te invito yo.

—No es necesario, François —rechazó ella.

—No obstante, toma el vaso, es cointreau con hielo. Si no quieres, no lo bebas.

François bebió del que había preparado para sí. No se sentaba, caminaba de un lado a otro como una fiera enjaulada.

—¿Qué, qué ha dicho la policía?

—No lo sé.

—Pero, la policía ha estado en el laboratorio.

—Sí, dos veces, ayer y hoy.

—No sospecharán de mí, ¿verdad?

—Pues, no lo sé.

—Yo, yo no haría jamás una cosa semejante. Tú me conoces, Gabrielle.

—Bueno, no demasiado.

—Yo, yo era el amigo de Marta...

—El amante —puntualizó la muchacha.

—Marta no estaba bien con su marido y por eso se vino conmigo, nos entendíamos bien.

—Antes de que ella se divorciara. Luego, creo que vuestra unión ya no era tan buena.

—Marta era un poco caprichosa.

—Todas las mujeres lo somos.

—Es que Marta, además, era absorbente. —Giró sobre sus talones, se detuvo y se enfrentó a Gabrielle. Como habiendo hallado una solución, exclamó—: El marido, el divorciado despedido, puso ser el asesino.

—Muy bien, y después de poner «fin» firmas «Agatha Christie».

—No te burles. ¿Por qué no pudo ser el marido de Marta, despedido? Le sentó muy mal que yo fuera el amante.

—Porque a lo mejor se creía superior a ti.

—Pues, algo tendré cuando Marta me prefirió a mí, ¿no crees?

Gabrielle se levantó del sofá, pero él le puso una mano en el hombro y la obligó a sentarse.

—Aguarda, aguarda... Tú, tú no le dirás a la policía que yo era el amante de Marta,

¿verdad?

—No diré nada, pero me temo que la policía acabará sabiéndolo y si no has sido tú, ¿por qué tanto miedo?

—Porque tengo una mala coartada. No quiero líos con la policía, me aterroriza pensar que puedo acabar tras las rejas.

—¿Sufres claustrofobia?

—Sufro de lo que me da la gana.

—Me voy.

—Espera, espera, disculpa mi brusquedad...

Comenzó a hacer girar el vaso nerviosamente entre sus dedos y miró a Gabrielle como de soslayo al tiempo que hablaba como si se confesara.

—Verás, ya sabes que últimamente no me van bien las cosas.

—¿Últimamente? Creí que no te habían ido bien nunca.

—Eso no es cierto. He decorado grandes mansiones, Martha creía en mí.

—Me temo que hace algún tiempo dejó de creer, y no pretendo lastimar tu vanidad profesional.

—Maldita sea, la gente tiene gustos asquerosos y cada cual se cree un decorador nato.

Se van a una tienda como si fueran a comprar churros, compran rollos de papel y ¡hala!, a pegarlos a las paredes aunque cometan aberraciones cromáticas, aberraciones que hieren la sensibilidad.

—Cada cual es libre de hacer en su casa lo que le venga en gana.

—¡No! —cortó tajante—, ¿De qué viviríamos los decoradores?

—No sé, hay quien no es capaz de comprar un rollo de papel. Luego, están los comercios, las oficinas.

—Sí, pero hace falta publicidad y yo ando mal de dinero.

Se dejó caer sentado en el sofá junto a ella, sin soltar el vaso que ya estaba vacío.

Gabrielle le quitó el vaso de entre los dedos y le puso el suyo del que no había bebido.

Sin siquiera dar las gracias, François bebió. Su rostro se alargaba, tenía bolsas bajo los ojos.

—Tranquilízate.

—Eso es fácil de pedir —dijo él, inclinando cabeza y cuerpo hacia adelante como si quisiera mirar por entre sus rodillas.

—¿Amabas a Marta?

—Sí, la amaba, pero...

—Ella había dejado de amarte, lo sé.

—¿Te contó por qué?

—Porque le dabas a! «pico».

—Sí, desgraciadamente así es. Soy un drogadicto, por eso le temo tanto a la policía. Me alucina pensar que me pueden encerrar tras unas rejas y quedarme solo con agua. Tengo pánico de que me coja el «mono» encerrado.

—¿Has intentado desintoxicarte?

—¿Te dijo Marta que me había ido prestando cantidades en los últimos tiempos?

—No, o quizá no recuerdo.

—Mientes piadosamente. Te lo dijo, seguro que te lo dijo, porque me lo tiró en cara. Me dijo que estaba harta de pagar mis vicios y drogas y que se había cansado de mí porque yo, como hombre, mejor dicho, como macho, ya no le apetecía, que no servía y que no iba a pagar

más mis vicios.

—¿Y consideras que fue injusta al decirte eso?

—No, claro. Yo le pedí dinero para desintoxicarme.

—¿Y te lo dio?

—Sí —admitió bajando aún más la cabeza—. Soy un desgraciado, un fracasado,, lo sé, pero ¿qué mierda puedo hacer?

—Desintoxicarte, vender este lugar y buscar otro más adecuado para captar clientes.

Lucha o métete de ayudante o colaborador de alguna agencia de decoración o un comercio de muebles donde puedas trabajar.

—Eso es pisotear, mear el arte de la decoración.

—Todos queremos ser genios, Leonardo, Miguel Angel, Dalí, o genios en otros aspectos, pero no todos lo somos, ni mucho menos. Y ahora, dime, el dinero que ella te dio para la desintoxicación te lo gastaste en más droga, ¿verdad?

—Sí. La verdad es que a Marta le iban muy bien las cosas, ganaba mucho dinero.

—En el laboratorio, los salarios no son demasiado altos, aunque fuera doctora.

—Sí, pero ella se las arreglaba, yo sé cómo.

—¿Ah, sí, y cómo?

—Marta se enfadó conmigo al saber que había comprado más «caballo» para picarme.

Tuvimos unas palabras y rompimos, por eso te pedía a ti que la acompañaras.

—No querrás decir que te suplía a ti por mí.

—No, es que estando tú, yo no la molestaba.

—Ella no te vendió nunca droga, ¿verdad?

—Nunca, ni siquiera me la trajo del hospital las veces que anduvo por

él. Marta le tenía fobia a las drogas, ni siquiera bebía ni fumaba, creo que por eso aborreció tanto mi vicio.

—Tómalo como una enfermedad que es y trata de desintoxicarte.

Gabrielle observaba a aquel hombre desmoronado cuando estaba justo entre la juventud y la madurez, una época espléndida de su vida.

—Gabrielle, ¿puedes prestarme algo, algo de dinero?

—¿Dinero? La verdad, François, yo vivo de un salario y el apartamento me cuesta muy caro.

—Unos pocos de miles de francos, te los devolveré, palabra que te los devolveré.

—Es que no tengo dinero para prestar, vivo al día. Además, prestar dinero para la droga me haría sentir sucia.

—Es que me hace falta dinero..

—Lo siento, pero yo trabajo para pagar mis gastos y tú deberías hacerlo mismo. Seguir drogándote sólo hará que prolongar tu agonía.

—Es que ese dinero me es imprescindible. Marta me ayudaba, hazlo tú que eras su amiga.

Gabrielle se levantó del sofá dispuesta a marcharse, dando por terminada aquella enojosa conversación.

—Yo no te puedo ayudar, François, sólo tú mismo puedes ayudarte. Debes enfrentarte a la realidad, hazlo de una condenada vez. Desintoxícate, porque de lo contrario vas veloz hacia tu muerte, una muerte repugnante.

—La muerte siempre es repugnante. Ayúdame —suplicó de rodillas, agarrándose a las piernas de la mujer.

—Suéltame —exigió, tratando de quitárselo de encima.

—Te juro, te juro que no compraré droga con ese dinero.

—No te creo.

—Te lo juro. Debo dinero, mucho dinero. Si no pago, me matarán de una paliza.

—Pues, márchate, empieza una nueva vida en otra parte —le dijo ella, consiguiendo zafarse de François, que quedó de rodillas, apoyado también en el suelo—. Supongo que debes el dinero a los que te proporcionan la droga. ¿Por qué suplicabas droga, si no podías pagarla? No te comportes como un cobarde, haz frente a tus compromisos.

Dándose cuenta de que su situación en aquel estudio era muy comprometida, Gabrielle salió corriendo, pero François se había rehecho e impulsado por la cólera, salió tras ella, alcanzándola.

Había desesperación en los ojos hinchados y enrojecidos del toxicómano, en su rostro sudoroso, y aquella desesperación podía empujarle a cometer cualquier bestialidad.

—¡Suéltame, suéltame!

—¡Me darás dinero, me lo darás o te mato!

En su desesperación, y ante la debilidad física de Gabrielle, pues era una mujer y no

precisamente atlética, la atenazó por los brazos, pero en aquel momento ocurrió lo inesperado para ambos.

Una sombra, pues así le vieron arribar por la escalera, ascendiendo los peldaños a saltos, como un felino, propinó dos puñetazos durísimos a François, que le obligaron a soltar a su presa enviándole al suelo.

Desde el suelo y con la sensación de que le habían partido la mandíbula, miró al hombre que le castigara con los durísimos puñetazos. Le vio alto, tremendamente alto. Ya no tenía que volver a pelear con una mujer que apenas tenía capacidad de réplica en cuanto a golpes.

François, acobardado, gateando, se metió veloz en su estudio de decoración y empujó la puerta para cerrada violentamente y aislarse del que consideraba agresor, pero que sólo había hecho que intervenir en defensa de Gabrielle.

El zapato de doble cosido y protectores en la parte baja de los tobillos que calzaba el recién llegado, se interpuso entre la puerta y la jamba para evitar que se cerrara.

—Déjalo, Maurice, déjalo —pidió Gabrielle—. No es más que un desgraciado.

Maurice apartó el pie y desde el interior François cerró la puerta con violencia.

—Vámonos, Maurice, olvídale —pidió Gabrielle, deseosa de alejarse.

Maurice se percató de que por la mirilla de la puerta de enfrente les estaban observando; era la puerta que correspondía al abogado Sarcleur.

—Sí, vámonos.

La cogió por el hombro, como protegiéndola con su masculinidad, y bajaron la escalera.

CAPITULO VIII

—¿Esta es tu leonera? —preguntó Gabrielle, mirando en derredor.

—Sí. ¿Te gusta?

—Bueno, tiene cierto calor. Es menos aséptica que la mía.

—Tu apartamento es de un precio más alto, un edificio remozado y sólido; en cambio, esto es una buhardilla acondicionada con pocos francos.

—Las buhardillas tienen su encanto.

—Sí, pero en invierno hay que gastar más en calefacción. Eso de estar bajo tejado se paga también con dinero.

—¿Y en verano?

—Hace más calor, pero todo no es malo porque tiene buenas vistas y aquí arriba uno se siente una pequeña águila oteando el bosque de casas.

—Vaya, una chimenea y todo —exclamó ella.

—Sí, la enciendo con frecuencia. Me cuesta más mantenerla que si tuviera radiadores eléctricos, pero tiene más encanto. Se lee mejor el periódico, una novela o se ve la televisión, al calor del fuego de una chimenea.

Maurice puso unos troncos de pequeño diámetro y gracias a una pastilla de encendido, el hogar no tardó en llenarse de llamas.

—Agradable —opinó ella.

Maurice se le acercó por la espalda y puso sus manos en las caderas femeninas, apoyó bien las palmas como para notar mejor sus curvas. Gabrielle aguantó aquella presión con placer, le gustó sentir las manos del hombre sobre su cuerpo.

—¿Miedo todavía?

—No, ya ha pasado —respondió encarada con el fuego, dejando que él posara los labios en su cuello.

—¿Por qué te atacaba aquel tipo?

—Es un drogadicto. Pedía dinero para drogas y no he querido dárselo.

—¿Es tu amante? —preguntó casi en un ronroneo junto a la oreja femenina, siempre sujetándola por las caderas, como para que no se le pudiera escapar de aquella situación.

—No, no ha sido nunca mi amante.

—Entonces, ¿por qué te exigía dinero?

Gabrielle, aturdida por las sensaciones amorosas que el hombre despertaba en ella, con los ojos encendidos más por el calor interno que por el calor de las llamas, dijo:

—Fue el amante de Marta.

—¿Marta?

—Sí, la doctora Poniat.

—La que murió con la bomba —dijo Maurice, sin tono de pregunta.

Ella comprendió que la situación en que se hallaba la había hecho hablar en exceso e intentó apartarse del hombre, mas éste no soltó sus caderas, la mantuvo sujeta, la oprimió contra su cuerpo como si pretendiera soldarla contra sí.

—Suéltame.

—No.

—Por favor, Maurice.

—Yo sabía que tú eras la mujer que vi en el Boulevard des Italiens.

—Está bien, está bien, fui yo. ¿Y qué? —preguntó siempre de espaldas a él, pegada al cuerpo masculino, notándolo contra su espalda, contra las nalgas, sintiendo la respiración de él en su oreja.

—No te culpo de nada, Gabrielle.

—Suéltame. ¿Quién te crees que eres, la policía?

—No, no soy la policía, pero quiero averiguar lo ocurrido. Mi hermanito y yo estuvimos a punto de convertirnos en hamburguesas porque vosotros nos metisteis en un negocio del que nosotros no sacábamos nada y corríamos con todos los peligros.

—Yo no sabía nada.

—¿Y Marta, la víctima del paquete bomba?

—Tampoco. Has de creerme, Maurice, yo no sabía nada, nada, y me salvé de milagro. Le entregué el paquete a Marta y me despedí de ella.

—¿Qué hacías en su casa?

—Acompañarla. Sufría una especie de depresión, se sentía acosada por François.

—¿François?

—Sí, François Caliope, el decorador, el tipo al que le has dado el par de puñetazos.

—¿Pudo ser él quien mandó la bomba?

—No lo sé. Estaba muy resentido contra Marta.

—¿Por qué?

—Ella se negó a financiarle la droga.

—¿Ese tipo es un vividor?

—No lo era, pero la droga lo ha desgraciado.

—Si se ha metido en la droga, es porque ya era un desgraciado.

—Un fracasado en su profesión. Marta y él fueron amantes, pero ella

se fue distanciando de él hasta que se produjo la ruptura.

—Y él no se resignó.

—No, porque ella, en los últimos tiempos, le había estado pagando la droga que tomaba.

—Y no quiso perder la pensión —rezongó, sarcástico.

—Así fue.

—Pues, tenía motivos para matarla. Creo que si el comisario Momon se enterara de la existencia de ese tipo desesperado, drogadicto y resentido, se lo va a llevar a la comisaría para interrogarlo.

—Siempre hablas del comisario Momon. ¿Trabajas para él?

—No.

—¿Qué es lo que quieres conseguir, Maurice?

—A ti.

—Me das miedo.

—Yo diría que te tienes miedo a ti misma.

—No, no, soy fuerte —replicó mientras él separaba sus manos por primera vez de las caderas femeninas.

Gabrielle no se apartó, no aflojó la presión que ejercía a lo largo de toda su espalda

contra el cuerpo masculino. Las manos de Maurice se deslizaron suaves pero firmes hacia el vientre, hacia el abdomen femenino, y siguieron hasta tomar un seno en cada una de sus manos, como sopesándolos.

—La otra vez sonó el teléfono —le susurró él al oído.

—Fue mi jefe.

—Estuviste muy nerviosa, me pediste que me fuera y yo quedé frustrado, sin poder amarte.

—No seas canalla —le dijo con la voz cálida, cerrándosele los ojos. No era una protesta, tampoco un insulto.

—Aquí no te va a salvar ningún timbrazo de teléfono.

—No sigas, por favor —protestó Gabrielle con una voz que, de tan cálida, se le quebraba.

Dejó que las manos de él desabrocharan su ropa, abrieran las cremalleras, hicieran saltar los corchetes, y las notó sobre su piel desnuda, una piel caliente y tan suave como un finísimo melocotón maduro, a punto de ser mordido con deleite, con ansias de encontrar el máximo de gusto y placer.

Cuando ella volvió el rostro, no sabía si para quejarse más, si para suplicar o encararse con el de él, se encontró que los labios del hombre se acoplaban a los suyos. Besó con placer y separó sus dos hileras de perfectos dientes para deslizar entre ellos la punta de la lengua y hacer una llamada a la de él.

Los leños se consumían.

El sofá era ahora una amplia cama colocada frente al fuego.

Maurice se levantó, tomó unos troncos y los echó al interior de la chimenea mientras los ojos verdes de Gabrielle contemplaban la completa desnudez de él.

—Eres un magnífico ejemplar de macho —opinó.

—Y tú, de mujer —replicó, volviendo a la cama junto a ella. La rodeó con su brazo y la besó en los labios por enésima vez aquella noche.

—¿Cuántos amigos has tenido, encanto?

—Pocos. No soy ninguna niña, pero tampoco una promiscua o una facilona caliente. La verdad es que sólo han habido dos hombres antes que tú.

—¿El que se llevó tu virginidad y el otro?

—El otro fue un médico que ya ha pasado al olvido. La verdad es que llegué a creer que significaba mucho para él.

—Hasta que descubriste que se llevaba a la cama a una compañera tuya. ¿No fue así?

—Como si lo leyeras en mi mente.

—¿Trató de recuperarte?

—Sí, pero yo preferí cambiar de empleo.

—Me gustas mucho, Gabrielle.

—¿Cada cuánto traes una chica aquí?

—Cada vez que puedo, pero tú eres diferente.

—¿Siempre dices lo mismo? —protestó sin excesiva fuerza, colocando su cabeza por encima del hombro de él.

—Es cierto, tú eres distinta. No me preguntes por qué lo sé, pero así lo creo.

—Mientes, canalla. Me estás utilizando, pero yo no puedo impedir que me utilices, porque me gustas.

—Quizá mañana cambies de opinión.

—Puede ser. Las mujeres somos muy volubles aunque, en ocasiones, somos más fieles que vosotros los hombres.

—¿De veras no has tenido que ver con ese maldito decorador?

—¿Celoso?

—No, aún no. Si estuviera celoso, en vez de dos le habría dado cuatro puñetazos.

—Pareces del sur, Maurice.

—No me has respondido.

—Ya te he dicho que François era el amante de Marta, de la doctora Poniat. Después de romper con él, estaba asustada y me pidió que la acompañara. ¿Es que después de lo que hemos gozado juntos frente a ese fuego que acabas de reavivar aún no te fías de mí?

—Sí, me fío, sólo trato de averiguar la verdad. ¿Por qué le enviaron el paquete-bomba a esa doctora amiga tuya?

—Ella tenía miedo, mucho miedo, por eso te recibí con recelo. Temía que se presentara François a provocarle un escándalo que la dañaría profesionalmente si ambos acababan en la comisaría. Yo le di el paquete y me marché detrás de ti, ya te lo he contado. Cuando estaba bajando en el ascensor, oí la explosión y tuve miedo. Corrí hacia la salida y vi cómo te alejabas. Me apresuré a marcharme mientras las

lucos se encendían en los otros apartamentos y los sorprendidos vecinos asomaban por las ventanas, desafiando al frío.

Es posible que alguien me viera y que la policía esté buscando a una mujer como culpable del atentado.

—Pues yo creía que me buscarían a mí y mientras, el asesino, en otro lugar de París, disfrutando de su trabajo terminado, o quizá merodeaba cerca para contemplar a distancia el efecto que producía la explosión.

—Fue una muerte horrible —musitó mientras se llenaba las retinas de imágenes de cambiantes llamas.

—El asesino bien puede ser ese hijo de mala madre de François —opinó Maurice, y añadió—: Claro que ella podía tener otros líos.

—El director del laboratorio dice que ella no andaba metida en política y que la policía cree lo mismo.

—Nunca se sabe, pero también puede ser un regalo de la mafia internacional.

—¿Mafia internacional?

—Sí. ¿En qué líos andaba metida?

—Lo ignoro, pero sé que tenía más dinero del que le pagaban en el laboratorio.

—Como doctora en análisis, cobraría un buen salario.

—Sí, le pagaban bien, pero no en la medida que gastaba.

—¿Se lo hiciste observar?

—Sí.

Maurice encendió un cigarrillo y lo pasó a los labios de ella que lo aceptó. Luego, se preparó otro para sí. Los dos muy juntos, recibiendo el calor mutuo y el del fuego de la chimenea, continuaron hablando.

—¿De dónde crees que podía sacar ese dinero extra a que aludes?

—Ella decía que eran herencias familiares.

—¿Y tú lo creías?

—No.

—Entonces, hay que pensar que sí estaba metida en líos de donde sacaba buena

«pasta».

—Es posible.

—Dime la verdad, Gabrielle. —Dejó que ella le mirara mientras él hacía una pausa y daba una chupada larga a su cigarrillo, como dándose tiempo a hilvanar sus pensamientos.

—¿Qué verdad quieres? ¿No te lo estoy contando todo? Me tienes desnuda entre tus brazos.

—¿Te propuso Marta algún trabajo especial?

—Yo colaboraba con ella, bueno, era su ayudante.

—Sí. Su ayudante en el laboratorio, pero quizá te pidió que hicieras algunas cosas aparte de tu trabajo habitual.

—Bueno, nada incorrecto. Me hacía trabajar algunas horas extras en su casa.

—¿En su casa?

—Sí, tenía una habitación donde hacía investigación en forma particular, poca cosa.

Quería publicar trabajos, llegar a ser importante. Ella me pagaba de su bolsillo esas horas extras que trabajaba, ya te lo he dicho.

—Entonces, la policía acabará interrogándote, ya que los vecinos te habrán visto llegar en algunas ocasiones.

—Eso me temo. Yo quería pasar desapercibida, pero creo que al final me veré interrogada en la comisaría y lo cierto es que no sé nada, nada.

—Puede que quien la mató lo hiciera por esos trabajos que llevabais a cabo en ese pequeño laboratorio de investigación que tenía en su casa.

—Si ella no era nadie importante y no había descubierto nada interesante. Sólo hacíamos trabajos de investigación sobre sangres enfermas. Temamos muestras y yo le preparaba cultivos que luego ella

estudiaba con mucha paciencia.

—Sigo pensando que ella sacaba «pasta» de ese laboratorio.

—¿Qué podía sacar de sangre patógena?

—Háblame sin tecnicismos, encanto, yo no entiendo nada de vuestro vocabulario.

—Sangre enferma. Nosotros, en el laboratorio de análisis clínicos, recibimos sangres enfermas casi siempre u orines.

—Qué asco.

—Pues, ¿qué te creías? Eso es lo que hay que analizar para saber qué enfermedades encierran y en qué proporciones. Luego, el médico que corresponda, ya se encargará de curarla, si es que puede.

—No entiendo muy bien todo esto; yo sólo sé que a ella la mataron y que también han matado al doctor Gounie al que tú conocías.

—No mucho.

—Yo te vi entrar en su casa.

—Yo actuaba como recadera entre la doctora Poniat y el doctor Gounie.

—¿Y qué llevabas en esos recados?

—Muestras de sangre, botellas, ya sabes, labor profesional.

—¿Nunca drogas?

—Nunca.

—Qué extraño. Y lo malo es que el doctor Gounie ya no nos podrá contar nada porque a él también lo mataron, aunque a tiros, fueron algo más finos según la nota de sucesos que ha salido en los periódicos. «Médico de situación social elevada muerto a tiros en su parking». Al principio, uno piensa que han sido sus pacientes, hartos de que les sangrara, me refiero a la pasta, claro, pero luego me acordé de que tú lo visitaste y relacioné una muerte con la otra y la policía, también.

—¿Ah, sí, y cómo lo saben ellos?

—Porque yo se lo dije al comisario Momon.

—Vaya. ¿Y le has contado a ese comisario que me viste a mí en la residencia del doctor Gounie?

—No.

—Menos mal. Creo que al final vas a conseguir que me metan en la cárcel.

—No, encanto. Si hago eso, me voy a perder muchas noches deliciosas. Tú y yo funcionamos muy bien en la cama.

—Sinvergüenza.

—Dame un beso.

Ella le besó. Se arrebujó contra él y volvió a llenarse los ojos de cambiantes llamas. La chimenea ejercía una poderosa atracción visual.

—¿Quién le daba el dinero a la doctora?

—No lo sé.

—¿No sería el doctor Gounie?

—Lo ignoro. De todos modos, ya no te lo puede decir, está muerto.

—Siempre tropezamos con el mismo problema, pero acabaré averiguándolo.

—Creo que eres tan tozudo que lo conseguirás, si es que no te matan antes.

—¿Quién crees que podría matarme?

—No lo sé.

—¿François Caliope, acaso?

—Está desesperado. Por un poco de droga, haría lo que fuera y lo malo es que tiene deudas.

—¡Ya está! —exclamó de pronto.

—¿Ya está qué?

—François puede ser la clave.

—¿De qué? —preguntó Gabrielle.

—De todo el misterio.

—François es un desgraciado. Si mata a alguien, será para robarle y poderse pagar la droga o saldar sus deudas.

—Encanto, no soy un profesional en esto de andar investigando, pero creo que tengo un cabo para tirar del ovillo.

—¿Una pista?

—Sí. ¡Quién sabe!, puede ser buena.

—¿Se la vas a contar a tu amigo el comisario Momon?

—No, investigaré yo por mi cuenta. Después de todo, si la pista no es buena, no se habrá perdido dinero del contribuyente, sólo se habrá perdido mi tiempo.

—¿Y si das con el asesino?

—¿Asesino, por qué hombre?

—No lo sé.

—Quizá lo sea. Bueno, si doy con él, fumaremos un cigarro juntos.

—¿Qué?

—Encanto... —Cogió la mano derecha de la mujer para dirigírsela adecuada e intencionadamente hacia donde él se proponía y le dijo—: Estoy de nuevo en forma.

¿Qué te parece si...?

—Ten cuidado, corro el peligro de convertirme en una viciosa de ti.

Alzó la cabeza, abrió su deliciosa boca y atrapó la tetilla del hombre. Apretó los dientes, mordiéndola.

—¡Ah! —chilló él, y el juego prosiguió.

CAPITULO IX

Gabrielle deseaba darse un baño de espuma y cambiarse de ropa. No sabía si estaba más relajada o más nerviosa; sólo sabía que las piernas,

desde el nacimiento de los muslos hasta los tobillos, las sentía más ligeras, como si no le pesaran, como si la tensión hubiera desaparecido de ellas. Sin embargo, en su mente bullían una serie de incógnitas que necesitaba descifrar.

No sabía hasta donde llegaría Maurice con sus indagaciones, pero estaba segura de que llegaría lejos, quizá hasta que lo asesinaran a él también, pero ella no podía impedirlo. Por otra parte, le había prometido que no diría a nadie lo que él estaba investigando.

La imagen de Maurice acudió a su mente; sonreía, su masculinidad quedaba patente ante sus ojos, él estaba muy seguro de sí. Tuvo que hundir el pie en el freno para no saltarse el rojo con su utilitario.

Sufrió una leve sacudida. Los primeros coches de la amanecida, los madrugadores en acudir a sus puestos de trabajo en el gran París, pasaban veloces, cruzando ante ella todavía con las luces encendidas, ya que el sol aún no asomaba su desnuda redondez.

Se encendió la luz verde y reanudó la marcha de forma casi automática.

Aquella mañana, quizá llegara tarde al laboratorio de análisis clínicos.

«Que se vayan a freír espárragos. Hago el trabajo de los médicos y cobro como ayudante. Bueno, como siempre soy puntual, no me van a pegar bronca.»

Prosiguió su marcha hasta enfrentarse con el edificio donde vivía. Entró por la puerta del parking, circuló por un túnel de unos cincuenta metros de largo y descendió por la rampa en busca de su plaza de doce metros cuadrados que tenía alquilada al mismo tiempo que el apartamento.

Cuando estacionó el coche, quitó las llaves del contacto y salió del auto. Se vio ante dos individuos que se hallaban encarados con ella y que no le inspiraron ninguna confianza.

No sabía de dónde habían salido, o quizá estaban escondidos, aguardándola.

—¿Gabrielle Montnoir?

—Sí, ¿qué quieren? —inquirió, un tanto a la reserva, preguntándose por dónde podría escapar si la atacaban.

—Policías —dijo uno de ellos, mostrándole su placa.

No supo si respirar con tranquilidad o preocuparse más aún. Notó que palidecía.

—¿Qué quieren de mí?

—Acompáñenos, por favor.

—¿Me llevan a la comisaría?

—Así es, señorita.

—¿Se me acusa de algo?

—No, que nosotros sepamos, pero el comisario Momon está muy interesado en hablar con usted.

—Está bien —aceptó, deduciendo que sería peor poner inconvenientes. Si lo hacía, parecería más sospechosa.

Subió al coche policial y se dejó llevar en silencio. Uno de los agentes le ofreció un cigarrillo y ella lo aceptó.

Cuando llegó a la comisaría, la pasaron a un despachito desnudo donde sólo había una

mesa sin papeles, un teléfono, una lámpara focal, tres sillas y una ventana con una tela metálica muy tupida y recia por la que era imposible escapar.

—Aguarde a que venga el comisario Momon —le pidió uno de los agentes.

—Oiga, tengo que cambiarme de ropa, he de desayunar y acudir a mi trabajo.

—Bueno, se hará lo que se pueda —le dijo el agente que le había hablado—. Luego podrá llamar a su trabajo diciendo que va a retrasarse un poco.

No le gustó la situación, pero tenía que aceptarla con calma, con frialdad. Una mujer policía apareció con una bandeja trayéndole un café con leche y un bollo suizo. Su rostro era áspero.

—Puede desayunar.

Gabrielle aceptó con un asentimiento de cabeza y cuando la mujer se marchó, desayunó. Cuando ella volvió, la bandeja estaba limpia de alimentos.

—¿No ha llegado aún el comisario Momon? —preguntó Gabrielle.

—Aún no, pero vendrá pronto. Debe tener algo urgente que llevar a cabo.

La dejaron sola con la puerta abierta. Oía el teclear de dos máquinas de escribir. E; teléfono que se hallaba sobre la mesa estaba mudo y dedujo que sólo tendría línea a través de la centralita. Aquel teléfono era una tentación; deseaba llamar a Maurice, pedirle ayuda, pero sabía que él no iba a poder ayudarla, o quizá sí si era amigo del comisario Momon. Un montón de pensamientos invadían su mente. Se levantó y anduvo por la pequeña estancia.

Un agente se asomó para preguntar:

—¿Ha venido el comisario Momon?

Gabrielle, sarcástica, miró en derredor donde sólo había sillas de madera sin tapizar, duras y desnudas.

El agente se alejó y ella siguió esperando. Abrió el bolso y sacó otro pitillo. Si no le habían abierto el bolso, era buena señal, ello indicaba que no estaba detenida. Sólo querrían interrogarla como posible testigo, pero tenía miedo al verse allí en la comisaría, tenía miedo de ponerse nerviosa y decir alguna tontería que la llevara tras las rejas.

Al fin, oyó voces y apareció el grueso y fornido comisario Momon.

Tenía boca grande, labios grandes. A Gabrielle casi le pareció un cerdo y él, al mirarla, pareció intuir lo que la joven pensaba, pues sonrió cínicamente, como si estuviera muy seguro de que su cara le iba bien para impresionar a quienes debía interrogar.

—¿Señorita Gabrielle Montnoir?

—Sí. Quiero irme a mi casa, necesito cambiarme de ropa y tengo que ir a mi trabajo.

—Ah, sí, su trabajo. Llame, llame a su jefe y dígame que irá un poco más tarde; que el retraso lo cargue al estado de la República.

—Bien —Gabrielle descolgó el teléfono y preguntó—: ¿Puedo marcar

directamente?

—Marque primero el cero cuatro y pida línea exterior.

Siguió la indicación y al poco, hablaba con Duroc, el director del laboratorio de análisis clínicos.

—...Llegaré más tarde. El comisario Momon quiere hacerme preguntas sobre la muerte de la doctora Poniat.

El director aceptó la explicación y ella colgó. Después, se encaró con el comisario; en sus ojos verdes había desafío.

—Usted dirá, comisario. Yo tengo prisa por regresar a mi apartamento.

—Sí, me han informado de que pasó la noche fuera.

—Así es.

—¿Y dónde ha estado, si puede saberse?

—Creía que iba a interrogarme sobre la muerte de la doctora Poniat, no sobre mi vida privada.

—¿Quién le ha dicho que voy a interrogarla acerca de la doctora Poniat?

—Pues... —vaciló, mirando a los agentes. Todos clavaban sus ojos en ella, pero nadie decía nada—. Lo supongo, Marta murió con la bomba.

—Eso parece. ¡Y qué sabe usted de esa bomba? Le advierto que si oculta pruebas o información a la policía, puede verse en problemas.

—Yo no sé nada. Era la ayudante de la doctora Poniat, se lo habrá dicho mi jefe.

—Y pasaba muchas horas en el apartamento de la doctora Poniat en el Boulevard des Italiens.

—Sí, ella tenía un mini-laboratorio para sus investigaciones privadas y yo le ayudaba fuera de las horas de mi trabajo habitual.

—¿Y qué investigaban?

—Yo, no, ella.

—Pero, ¿qué investigaba? —insistió.

—Enfermedades que podían descubrirse en la sangre.

—¿Y qué tenía que ver el doctor Gounie en ese asunto?

—Pues intercambiaban muestras de sangre.

—¿Eso era todo?

—Supongo.

—Tengo la impresión de que no desea colaborar con la policía y lo malo es que yo sé por qué.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Pues dígalo, a menos que sea un farol —le retó ella.

—Justo cuando estalló la bomba, los vecinos del edificio vieron alejarse a una mujer corriendo en busca de su coche y yo creo que esa mujer era usted.

—¿Va a acusarme de que yo le puse la bomba a la doctora Poniat? —Gabrielle dio un brinco en su asiento.

—¿Por qué no? Tengo testigos de que usted fue la última persona que estuvo allí.

—Yo no creo que ningún testigo pueda identificarme —rebató ella, tratando de demostrar seguridad, pero su mano tembló ligeramente al llevarse el cigarrillo a la boca.

—¿Porque usted ocultaba su rostro? Bueno, todo se puede arreglar. ¿Dónde estaba usted a esa hora?

Gabrielle comprendió que el interrogatorio había comenzado en serio y que a los ojos de la policía, ella era la sospechosa número uno.

CAPITULO X

Maurice miró a un lado y a otro, como observando si a su vez era vigilado. Podía ser que la policía tuviera a algún agente controlando aquel edificio.

Subió por la amplia escalera, no deseaba ser descubierto. Ya empezaba a conocerse bien aquel edificio o cuando menos, su escalera.

Pasó por el rellano donde se ubicaba el laboratorio de análisis clínicos y continuó subiendo. Llegó a la planta donde estaban el abogado Sarcleur y el decorador François Caliope.

Se detuvo frente a la puerta del decorador. Hasta allí no llegaba el suave rumor de la lluvia que lavaba la pequeña calle que iba a desembocar casi al cementerio de Pere Lachaise.

Pulsó dos veces el llamador eléctrico y no obtuvo respuesta alguna. Cabía la posibilidad de que François Caliope, el cobarde toxicómano capaz de cualquier canallada con tal de obtener dinero para pagar su vicio, estuviera pegado a la puerta, expectante, pero tenía la seguridad de que detrás de la puerta no había nadie, hubiera presentado la presencia de otro ser tan cerca.

Tocó la puerta y ésta cedió, no estaba cerrada, lo cual era muy extraño. En París abundaban los robos a domicilios privados y dejar una puerta sólo entornada era una tentación demasiado grande para que un ladrón la resistiera.

Movido por el interés y la curiosidad, abrió la puerta lo suficiente como para filtrarse al interior del estudio de decoración.

Volvió a tener la impresión de ser observado, ignoraba desde dónde.

Cerró la puerta con suavidad y se internó en el estudio donde no parecía haber nadie.

Imperaban los colores de gran contraste, amarillos, rojos, blancos, negros; todo eran impactos de luz pese a que la luz que entraba por las ventanas era escasa y las lámparas permanecían apagadas.

Sabía que no iba a hallar nada importante en el estudio. A quien quería encontrar era a François Caliope, el decorador que había sido amante de la doctora Poniat.

Había varios sofás de intenso color, butacas anchas en una amplia sala que el decorador debía ir transformando para impresionar a los posibles clientes.

Fijadas en el techo había sólidas guías que servían para sostener y desplazar paneles.

En algunos había grandes dibujos; otros eran simples trabajos de maderas finas que se utilizaban como mamparas para dividir estancias, también había distintos tipos de cortinas que iban del techo al suelo. Era una especie de gran muestrario que el decorador debía manejar con habilidad para impactar en sus posibles clientes.

De pronto, descubrió la sombra.

Una cortina ocultaba una silueta humana, no cabía ninguna duda.

Fue hasta el cordón y descorrió la cortina violentamente para dejar al descubierto al personaje que se ocultaba tras ella.

La figura humana no se movió. Su aspecto era horrible.

Colgaba de un cordón de nilón que a su vez había sido atado a lo alto de la guía de acero que había resistido bien su peso, por lo que cabía deducir que el profesional que fijara la guía al techo lo hizo asegurándose de que no iba a caer por un exceso de peso.

Los pies de aquel desgraciado estaban a menos de un palmo del suelo, pero había sido suficiente para ahorcarle. Una silla estaba volcada. De haber caído desde mayor altura, la delgadez del cordón de nilón hubiera podido decapitarle en vez de ahorcarle.

Faltaba un zapato que estaba lejos, por lo que dedujo que aquel desgraciado debía haber bailado con gran violencia la danza del ahorcado.

Manos y brazos pendían a lo largo de su cuerpo. Había sangre en su cuello, sangre del corte que debía haberle producido la cuerda de nilón al cerrarse en su garganta, y también debía haberse clavado las uñas en la desesperación final al tratar de liberarse del lazo mortal, pero había sido inútil.

Tenía parte de la lengua fuera y los ojos abiertos, unos ojos vidriosos y con ojeras.

Indudablemente, la muerte de François Caliope no había sido agradable ni plácida.

«Está caliente aún», se dijo al tocarle la mano.

Olfateó el aire y acercó luego su nariz al rostro del ahorcado. Se apartó de él, ya nada cabía hacer por el fracasado decorador.

—Lo han asesinado. Podría tomarse por un suicidio, pero...

Siguió buscando en derredor. El asesino no debía haber dejado pistas. Era un tipo astuto que tomaba precauciones, no quería dejar a nadie vivo en la cadena de sospechosos. ¿Sería Gabrielle la próxima víctima?

No esperaba aquella muerte. Su intención, su hipotética pista, nacía de la posibilidad de interrogar al decorador. Estaba seguro de que François Caliope tenía muchas cosas que contarle y él le hubiera obligado a decírlas, pero había llegado tarde.

La policía también llegaría tarde cuando descubriera que había sido el amante de la doctora asesinada y que encima, ella había estado pagando la droga que él tomaba.

—Maldita sea —masculló por lo bajo, temeroso de alzar la voz como si el cadáver pudiera oírle.

Apartó otra cortina con la mano para acercarse al ventanal, pero los cristales de éste eran grabados y nada dejaban ver. Abrió la ventana con sigilo y miró hacia el otro lado.

Vio un ancho patio de luces al que no daban demasiadas ventanas y todas tenían cristales grabados, nadie deseaba contemplar el sórdido patio, pero allí descubrió una escalera de hierro que podía haber sido instalada como escalera de incendios.

Miró hacia arriba y comprobó que llegaba al piso superior donde vivía el fotógrafo que debía andar por algún país asiático o africano. De inmediato recordó que el teléfono usado por el asesino del paquete-bomba había sido el que correspondía al fotógrafo.

Siguió con la mirada la escalera de hierro y calculó por donde podía tomarla. Volvió a cerrar el ventanal, borró las huellas dactilares que podía haber dejado y pasó a otra estancia que primitivamente debió ser una cocina y que François Caliope había convertido en trastero. Tenía una ventana y una puerta de madera cerrada con cerrojo. Lo recorrió e inmediatamente quedó en una de las plataformas de la escalerilla de incendios, por lo que decidió subir hasta la planta que correspondía al fotógrafo. Aquella escalera pasaba por todos los pisos.

La lluvia caía sobre él, mojándole y haciendo correr el óxido que arrancaba del hierro de la escalera, una escalera que hacía mucho tiempo que nadie pintaba ni reparaba y que algún día se rompería cuando la corrosión fuera excesiva.

La puerta que correspondía a la casa del fotógrafo había sido forzada con una

palanqueta y luego cerrada utilizando un trapo puesto entre la jamba y la puerta. Al cerrar con golpe, el trapo había quedado en medio, presionando e impidiendo que el viento la abriera.

Cargó con el hombro y la puerta cedió. Se dijo que al marcharse la cerraría con el mismo sistema, poniendo aquel trapo que ahora había caído al suelo.

De lo que ya no cabía duda era de que el asesino podía haber subido por allí para entrar en el estudio del fotógrafo y utilizar su teléfono. De esta manera, no quedaba comprometido y en la agencia del correo urbano porta-paquetes puerta a puerta se quedaban sin recelos al poder confirmar que la llamada telefónica había sido hecha desde el lugar que correspondía.

Se internó en el estudio fotográfico que se hallaba tan silencioso como el de decoración. El rumor de la lluvia quedaba lejos, Maurice dejaba manchas de agua tras de sí y se pasó la mano por los cabellos mojados.

No llevaba linterna alguna y apenas veía. Había fotografías de personas grapadas en las paredes, de color y en blanco y negro, casi todas grandes, especialmente de mujeres, en su mayoría eran fotografías artísticas. Había algunos desnudos.

Fue hasta la entrada del estudio. Gracias a la llama de un fósforo descubrió el conmutador general de la luz y lo dio. El estudio fotográfico se iluminó y la llegada de la luz fue como recobrar la vida.

Vio a dos mujeres jóvenes y hermosas en bikini, cogidas de la mano, con los cabellos al viento y un fondo azul, como si estuvieran en la playa. Reconoció en seguida a Gabrielle y dedujo que la otra era la joven doctora Poniat. Se acercó más y entonces pudo observar cerca de una docena de años más que Gabrielle en las arrugas del rostro que el fotógrafo había tratado de disimular. Era una fotografía de estudio, no cabía duda, y los cabellos al viento, un truco conseguido con un ventilador gigante.

Entre los desnudos no había ninguno de Gabrielle, lo cual le satisfizo.

De pronto, sonó el timbre del teléfono. Le sorprendió tanto aquel timbrazo que fue como si lo electrocutaran. Se volvió rápidamente a mirar el aparato, localizándolo como si el timbre al sonar lo hiciera

visible, como si desde aquel punto partiera un peligro hacia él.

Quedó quieto dejando que el timbre sonara. Ya se cansarían de llamar, se dijo.

Podía ser algún colega o cliente del fotógrafo, pero los timbrazos no cesaban, insistían una y otra vez, como si quien llamara estuviera seguro de que tarde o temprano terminarían por descolgar y responder.

La llamada se repitió tanto que parecía que el teléfono fuera a estallar.

Maurice sacó un pañuelo y con él descolgó el aparato para no dejar sus huellas en él.

Comenzó a oír una risa sarcástica y maligna, una risa que semejaba nacer en una boca casi cerrada que poco a poco iba abriéndose, separando los dientes para que no se pudiera oír la malsana carcajada.

Despacio, como calculando las palabras, Maurice silabeó por el teléfono:

—Maldito seas, hijo de perra, tú eres el asesino.

La carcajada prosiguió, ahora más fuerte. Al fin, articuló palabras:

—Tú... serás... el... próximo...

Tras aquella especie de amenaza, la línea se cortó. El asesino debía haber colgado su

teléfono.

Maurice colgó y quedó pensativo con el pañuelo en la mano. Descolgó de nuevo y marcó un número que ya se había aprendido de memoria.

—Comisaria de policía —respondieron.

—Póngame con el comisario Momon, es urgente.

—¿De parte de quién?

—De su amigo —respondió áspero.

—¿Quién dice que es mi amigo? —gruñó la voz del comisario Momon.

—Oiga, comisario, soy el tipo al que usted un día le hizo un favor.

—Ah, sí, ya recuerdo, el que me está haciendo favores a mí; pero ¿quién coño te crees que eres, el comisario Maigret o Hércules Poirot?

—No quiero perder el tiempo, comisario Momon. El amante de la doctora Poniat, la de la bomba, fue François Caliope.

—Eso ya lo he averiguado y pronto lo voy a interrogar. ¿Me has llamado sólo para contarme eso?

—No, comisario.

—Entonces, ¿para qué?

—François Caliope ya está cadáver, aunque todavía calentito.

—¿Qué dices?

—Que está cadáver, ahorcado en su estudio de decoración y si quiere mi opinión particular...

—Al carajo con tu opinión; bueno, suéltala —se apresuró a decir.

—Lo han medio anesthesiado con algún tipo de spray y está atontado. Lo han ahorcado dejándolo que parezca un suicidio, pero él huele a algo raro. Para mí, no es un suicidio. El asesino de la doctora Poniat y del doctor Gounie sigue haciendo de las suyas y lo malo es que me ha dicho que yo seré el próximo.

—¿Que te ha dicho que serás el próximo, cómo, cuándo?

Se cortó la comunicación. Maurice sacudió el teléfono, lo golpeó, marcó un par de números, pero el aparato había dejado de funcionar.

CAPITULO XI

Uno de los médicos del laboratorio descubrió un sobre en el suelo, junto a la puerta de entrada. Quedó un instante dubitativo, podía tratarse de propaganda. Lo recogió. El sobre estaba escrito a mano y el nombre del destinatario quedaba bien claro.

«Gabrielle», no ponía ni siquiera el apellido.

—¿Ocurre algo? —preguntó Duroc, el director, apareciendo junto a él.

—He encontrado este sobre que han metido por debajo de la puerta.

—¿Dice para quién es?

—Sí, para Gabrielle.

—¿Y el remitente?

—No hay ninguno.

—Puede tratarse de un anónimo; no obstante, que sea ella quien decida cuando vuelva de la comisaría.

—¿Comisaría? —repitió el otro médico.

—Sí, le están haciendo preguntas sobre la muerte de Marta. Déme, ya se la daré yo cuando regrese.

Se llevó la carta a su despacho y cerró la puerta tras de sí.

* * *

Maurice se dispuso a abandonar el estudio fotográfico haciéndolo por el mismo lugar por donde entrara. Abrió la puerta forzada y cuando iba a salir, tuvo la intuición del peligro.

Escuchó un silbido y casi al mismo tiempo, un ruido estremecedor. Unas astillas de la jamba saltaron contra su rostro. Acababan de dispararle con una pistola equipada con silenciador. Cerró la puerta violentamente y otro disparo, cuya detonación de nuevo quedó ahogada por el silenciador, perforó la puerta.

—Tira a dar —gruñó, apartándose de la puerta.

Tomó una silla de la cocina y trabó la puerta. Fue hacia la ventana y

como si el asesino hubiera estado esperando aquella acción, volvió a disparar.

Los cristales de las ventanas saltaron hechos pedazos, dándole en la cara y produciéndole algunos cortes. Se pasó la mano por el rostro y se manchó de sangre.

Se apartó de aquel lugar que el asesino parecía tener tan bien controlado. Maurice no había podido averiguar desde qué ventana le disparaban.

El estudio fotográfico tenía muy pocos lugares donde poder esconderse. Volvió junto al teléfono.

—Maldito tipo... Ha cortado el cable del teléfono, seguro. Si por lo menos le hubiera dicho al comisario Momon donde estoy —se lamentó Maurice que carecía de armas con qué defenderse.

Corrió hasta la puerta que daba a la escalera general y que estaba bien cerrada; el asesino no podría entrar por allí, pero sí podía hacerlo por la escalera de incendios y si llevaba una pistola consigo, no lograría detenerle.

Se fijó en los poderosos focos instalados sobre trípodes rodantes y con largos cables ya conectados. Comenzó a mover uno y luego otro, acercándolos a la cocina el máximo que permitían los cables.

Los encaró con la puerta que daba a la escalera de incendios o emergencias. Buscó la llave general para poderles dar el fluido eléctrico que precisaban para lanzar en conjunto sus varios miles de vatios de potencia en forma de fotones.

Quiso acercarse a la cocina, pero junto a la ventana divisó una sombra. El asesino había subido por la escalera de emergencias y debía hallarse ya junto a la puerta.

Maurice estaba en tensión. En su mano tenía el cable que podía conectar los focos a distancia haciendo subir la palanca de conexión eléctrica para que los focos recibieran el fluido necesario para lanzar sus poderosos haces lumínicos.

La puerta se fue abriendo lentamente, el asesino tomaba sus precauciones.

Al fin, abrió la puerta. Maurice jaló del cordón, hubo de hacerlo por tres veces y entonces fue cuando se hizo la luz.

El asesino, sorprendido por aquel bombardeo de luz sobre sus ojos, disparó contra las luces haciendo estallar dos de ellas mientras él parpadeaba, cegado.

Maurice, lanzándose como una catapulta, fue con la cabeza por delante contra el asesino, esperando avanzar siempre por debajo del cañón de la pistola que aquel asesino empuñaba.

Sintió pasar dos balas por encima de su cabeza y otro foco estalló mientras él golpeaba con mucha fuerza contra el abdomen de su atacante, impactando como un obús.

Lanzado a tumba abierta, había ido a buscar el todo por el todo. Si se quedaba quieto, aquel maldito asesino que había demostrado que no le importaba matar, lo freiría a tiros.

Lanzado violentamente hacia atrás, cogido por sorpresa por aquel ariete humano en que se había convertido Maurice, el tipo de la pistola golpeó con sus riñones contra la baranda de hierro de la escalera de emergencias, una baranda delgada sobre la que él dobló su cuerpo y se precipitó al vacío de espaldas, sin soltar la pistola que volvió a disparar.

—¡Aaaaaaag!

Maurice se golpeó contra el suelo de parrilla del rellano de la escalera. El asesino había desaparecido. Pudo oír el golpe sordo al caer el cuerpo en el patio del fondo. La lluvia seguía cayendo, disolviendo la sangre que brotaba de un cuerpo reventado.

Se levantó trabajosamente.

Estaba dolorido y aún no podía creerse que no hubiera recibido ningún balazo.

Descendió por la escalera hasta el fondo. Nadie había salido a ver lo ocurrido; allí, cada cual vivía dedicado a su trabajo. En aquel edificio, nadie vivía como inquilino, sino que estaba dedicado a locales comerciales.

Aguantando la lluvia, se acercó al cadáver desmadejado que se hallaba a sus pies. Ni siquiera en la caída había perdido la pistola provista de silenciador.

Le miró el rostro, no le conocía de nada, pero recordó la descripción que hiciera su hermano Pierre del tipo que le había entregado el

paquete bomba y ésta coincidía.

—Otro cadáver para el comisario Momon —gruñó para sí.

Aquél era un asesino desconocido. ¿Por qué había estado matando? Ya no podría confesar.

Era un problema saber si el comisario Momon se lo iba a creer o no, porque también podía pensar que el asesino era él y no el cadáver que yacía reventado en el patio de luces, recibiendo el agua fría de la lluvia.

—¡Quieto, no se mueva!

Recibiendo la lluvia sobre su cabeza, Maurice se volvió hacia las escaleras por donde aparecieron varios hombres, todos ellos armados. Dedujo que eran policías.

—¡El asesino es éste! —Maurice señaló el cadáver.

—Eso ya lo veremos —replicó uno de los inspectores, acercándosele por la espalda para cachearlo en busca de cualquier arma.

—¡Tráiganlo aquí! —exigió el comisario Momon desde lo alto de la escalera.

—¡Comisario Momon, soy su amigo!

—¿Ah, sí? ¿Tú eres el gracioso que se entretenía en llamarme por teléfono?

—Sí, comisario Momon. Usted me hizo un favor y yo se lo devuelvo, el asesino es éste.

—Una coartada muy mala, pequeño, no me la trago. Para mí, el sospechoso de asesinato eres tú y el cadáver es tu víctima, de modo que andando hacia la comisaría...

Casi cegado por la lluvia que caía sobre su cara y la que le resbalaba por la cabeza, Maurice quedó perplejo y parpadeó incrédulo. De posible víctima iba a convertirse en culpable.

CAPITULO XII

Gabrielle estaba muy preocupada. Había sido liberada del interrogatorio; en la comisaría había dicho cuanto sabía, que no era demasiado, y después de la llamada de Maurice, a ella la habían

dejado libre, aunque según decía el comisario Momon, en ningún momento había estado detenida, sólo se le había pedido declaración de cuanto sabía respecto a los asesinos de la doctora Poniat y del doctor Gounie.

El comisario se había molestado mucho por su tardanza en declarar, pues Gabrielle había sido la última persona en ver viva a la doctora Poniat.

Por último, había explicado que Maurice le había entregado el paquete-bomba sin que ninguno de los dos supiera de qué se trataba, pues él actuaba como recadero de la agencia «El Angel de la Guarda».

Lo malo había sido que Maurice no pertenecía a la nómina de recaderos y las sospechas se habían amontonado sobre él.

La bella Gabrielle estaba libre, pero Maurice se hallaba entre las garras del comisario Momon que ya estaba harto de tanto crimen sin motivo aparente.

—Será mejor que se vaya a su casa y descanse, Gabrielle.

—Ah, gracias —dijo, volviéndose hacia el director del laboratorio—. Puedo seguir.

—No, no, la veo distraída y creo que tiene motivos.

Ha habido varios crímenes y eso es muy grave. Márchese y descanse, vuelva mañana o pasado y tómese una semana de sus vacaciones. Mientras, encontraremos a quien supla a la doctora Poniat.

—Lo que usted diga —asintió Gabrielle, admitiendo que, ciertamente, no ponía interés en su trabajo.

—Ah, Gabrielle, han dejado una carta para usted.

—¿Para mí?

—Sí, algún enamorado de esos que de vez en cuando le envían cartitas.

Le entregó el sobre en el que sólo ponía «GABRIELLE». La joven, sin darle importancia, lo dejó caer dentro del capazo que solía llevar consigo. Recogió sus cosas y abandonó el laboratorio de análisis clínicos.

Se había enamorado de Maurice como una colegiala. En su mente sólo

veía al hombre que la había amado, que la había hecho vibrar, que la había hecho sentirse furiosamente mujer de los pies a la cabeza.

A bordo de su utilitario, se dirigió hacia su apartamento esperando que soltaran a Maurice. Lo malo era que el comisario Momon quería un culpable y si era vivo, mejor. Le fastidiaba que el crimen lo hubiera resuelto otro. Odiaba a los detectives aficionados y Maurice iba a pagar por todos.

Dejó el coche en el estacionamiento y tomó el ascensor.

Ansiaba meterse en agua caliente con espuma de jabón, pasar un rato en el baño y tenderse un par de horas en la cama para luego levantarse y vestirse con ropa limpia. La que llevaba encima le molestaba como si fuera duro y áspero cuero.

Al llegar a la planta donde se ubicaba su apartamento, sacó la llave.

Una sombra le hizo volver la cabeza y ahogó un grito al ver a un hombre que se ocultaba con un sombrero de ala inclinada sobre los ojos, unos ojos protegidos a su vez

por gafas oscuras.

El resto de la cara quedaba oculta por una bufanda negra. En la mano enguantada llevaba una pistola con silenciador que la hacía visiblemente más grande.

—Si gritas, te vuelo esa cabecita tan preciosa que tienes.

La empujó con su cuerpo, aplastándola casi contra la puerta. Ella giró la llave y él, de un empujón, la metió en el apartamento. Cerró tras de sí, y no parecía dispuesto a desenmascarar su propio rostro que seguía oculto tras la bufanda.

—Tengo muchos motivos para enviarte al infierno, Gabrielle, pero todavía puedes salvarte si eres sumisa y buena chica —le dijo con una voz intencionadamente grave y lenta.

—¿Quién es usted?

—Papá Noel, no. No hagas preguntas y dame respuestas convincentes, es tu única posibilidad de salvar a vida. Sería una pena que me obligaras a matarte.

—Usted, usted es el asesino...

—¿Qué asesino? —rió lentamente tras la bufanda.

—El que mató a Marta y al doctor Gounie.

—Ellos sí eran unos asesinos.

—Y el otro, el otro, ¿quién es?

—¿Te refieres al tipo que tu amiguito lanzó por el patio de luces?

—Sí.

—Era el hombre al que yo pagaba para que me hiciera los trabajos duros en los que yo consideraba que era mejor mantenerme al margen. La verdad es que no llegaba a la categoría de socio, pero hacía bien los trabajos que le encomendaba. Ha sido una pena que muriera, ahora me va a costar trabajo encontrar a otro que haga lo que él hacía.

—El comisario Momon le descubrirá.

—No creo. Si te dejo viva es porque el comisario Momon no se va a creer nada de lo que tú le cuentes, pensará que sólo tratas de salvar a tu amiguito. El comisario Momon es como un perro de caza, ya tiene una presa entre los colmillos y se siente satisfecho, claro que si tú te empeñas en saber más cosas, te va a costar ser la «prima donna» en un entierro, porque tú serás la que vaya dentro del ataúd.

—¿Por qué ha venido a buscarme a mí, por qué me cuenta todo esto?

—Todo habría salido muy bien, pese a la muerte de Gerard.

—¿Gerard?

—Sí, así se llamaba mi ayudante, el que ha caído por el patio de luces. Tu amigo lo ha enviado de un cabezazo por encima de la barandilla, embistiéndolo como si fuera un toro salvaje. Bueno, quería decir que todo habría ido muy bien si el estúpido de François —

siguió hablando siempre tras la bufanda, pues no quería descubrir su verdadero rostro—, si ese estúpido no se hubiera pasado haciéndome una jugada sucia.

—¿Una jugada sucia? No entiendo.

—Antes de que lo ahorcara me dijo que yo no iba a hacerle nada porque te había enviado una carta a ti confesándolo todo,

absolutamente todo. Al parecer, había visto muchos telefilmes y se creía que por esa carta que te había enviado a ti yo no iba a mandarlo al infierno, pero se equivocó. Sabía demasiado para dejarlo vivo. Y si a un cobarde es peligroso dejarlo vivo, es más peligroso aun cuando se trata de un vicioso de

la droga y no sabe ni cómo pagarla.

—Ahora entiendo. François le debía el dinero de la droga a usted.

—Eso es, has dado en la diana. Yo le daba la droga que quería y él era mal pagador.

—¿Y qué podía contarme él a mí? —preguntó Gabrielle tras dar una ojeada a su capazo donde estaba la carta supuestamente anónima que le entregara el director del laboratorio.

—Podía contarlo todo. He pasado por tu buzón de correos, lo he forzado y efectivamente, François te había dirigido una carta.

—¿Ah, sí? No he pasado por el vestíbulo, he subido directamente del parking.

—Ya lo sé, y el muy hijo de perra de François, en esta carta que te ha enviado por correo, como si hubiera intuido que la recogería yo, ha puesto... —La sacó de un bolsillo con su mano enguantada, la sacudió en el aire para desdoblarla y leyó después—: «Esta no es, ojalá te vayas al infierno...» Luego, va mi nombre.

—¿Qué nombre?

—No seas estúpida. ¿Dónde está la carta, la otra, la que François escribió contándolo todo?

—No sé nada —mintió Gabrielle.

—Tienes que saberlo, preciosa, o te voy a matar a ti también.

—No entiendo por qué mató a François si él le debía dinero a usted.

El asesino acercó la pistola al rostro de la joven que se hallaba sentada en una butaca.

—El vicioso de François no podía pagar la droga que yo le proporcionaba y entonces me dijo que su amiga Marta, la del laboratorio, pagaría por él. Yo quise saber de dónde podía sacar tanto dinero y él, que lo sabía porque se lo habría contado ella en algún

momento de debilidad, me imagino que en la cama, me contó que Marta tenía un socio que era el doctor Gounie.

—Cierto, trabajaban juntos en algunas cosas.

—Y tú para ellos, Gabrielle.

—Yo no sabía qué se llevaban entre sus manos.

—Pues yo te lo contaré. Tenían sangre de enfermos, sangre que mata las defensas y deja al que la recibe a punto para coger cualquier enfermedad. Hadan cultivos con estas sangres y luego, ofrecían la muerte por eutanasia, bueno, yo la llamo asesinato, a ricos herederos. Cuando un tipo viejo y muy rico se empeñaba en ser déspota y controlar el dinero porque era suyo, se presentaba el doctor Gounie a la familia y les ofrecía sus servicios. Inyectaba la sangre enferma al viejo y éste se moría aunque sólo fuera de un aparente gripazo, porque carecía de defensas. Muerte natural y los herederos, a disfrutar la herencia y el doctor Gounie y la doctora Poniat, a cobrar su parte de sicarios de la jeringa. Una manera muy hábil de matar y cobrar por los servicios prestados. ¿Quién va a desconfiar del médico? Sí, un buen trabajo. Yo le propuse a la doctora Poniat convertirme en su socio, pero ella se puso tonta. Me replicó que yo no podría demostrar nada y que en cambio, ella me denunciaría por traficante de drogas que, efectivamente, lo soy. No me dejó otra salida que enviarle un regalito por recadero del «Angel de la Guarda». Puestos a ser profesionales, yo soy más profesional que lo eran esos medicuchos.

—¿Y el doctor Gounie?

—También lo maté yo, no había forma de hacer negocio con él. Lo esperé, le di un poco de medicina de plomo que no pudo digerir y me llevé el maletín con el dinero que le habían pagado por hacer de verdugo con el financiero Saint Nicol para que heredara su familia.

—¿Todo eso era lo que François contaba en su carta?

—Todo, no, él no podía estar seguro de que yo maté al doctor Gounie, pero da lo mismo. Ahora, dame la carta y me largo. Te lo he contado todo porque sé que es una historia tan inverosímil que aunque vayas a explicársela a la policía, no se la va a creer.

—Te equivocas, imbécil, sí la va a creer.

—¡Maurice!

El asesino se revolvió, pero ya el joven le cogía la muñeca y se la dobló hacia arriba. Dos escupitajos de plomo se metieron en el techo sin que se produjeran las detonaciones.

Con una llave de judo, Maurice le partió la muñeca armada y el codo al mismo tiempo, haciéndole caer el arma de entre los dedos.

El asesino cayó al suelo y Maurice le obsequió con una patada entre las piernas que lo dejó encogido totalmente, aullando tras la bufanda.

—¡Maurice, es el asesino!

—Sí, he oído sus últimas palabras. Menos mal que me diste una llave de tu apartamento, ya sabía yo que la emplearía bien. He querido darte una sorpresa y por eso he entrado tan sigilosamente.

—¿Y el comisario Momon?

—Mi hermanito Pierre ha declarado lo ocurrido y ha identificado el cadáver del tipo que ha muerto en el patio de luces. Al comisario Momon no le ha quedado otro remedio que soltarme, todas las piezas encajan en el rompecabezas. La verdad es que me ha soltado de mala gana. Ahora, veamos quién es el verdadero asesino...

Le quitó el sombrero, las gafas, y le bajó la bufanda, dejando al descubierto un rostro amarillo por el dolor pero espumeante de rabia.

—¡Si es el abogado Sarcleur! —exclamó Gabrielle.

—Sí, yo también le conocía, le vi en la escalera, era el vecino del decorador, el que está en la puerta opuesta, ¿verdad?

—El mismo —asintió la muchacha—. Con razón François encontraba tan pronto la droga, tenía al traficante por vecino. Ah, y la carta de confesión de François está en mi capazo...

Gabrielle mostró triunfante la carta.

Maurice vio al caído y derrotado abogado Sarcleur al que le costaba recuperarse del dolor, pues tenía varios huesos rotos.

—¿Quién llamó por teléfono al «Angel de la Guarda»?

—Yo —admitió él.

—De acuerdo. ¿Y el que me llamó riéndose, diciendo que yo iba a ser el próximo?

—Yo, y vete al infierno.

—Sí, pero siempre enviaba al otro para dar la cara, como cuando entregué el paquete-bomba.

Gabrielle añadió:

—El otro se llamaba Gerard y era su ayudante.

—Correcto.

Maurice tomó la pistola por el silenciador para no borrar las huellas dactilares que pudiera haber pese a las manos enguantadas del asesino y se acercó al teléfono, marcando el número de la policía.

—Que se ponga el comisario Momon —pidió.

—¿Quién le llama?

—De parte de un amigo, es muy urgente. Tengo al asesino a mis pies.

—¿Qué asesino?

—¡Dígale al comisario Momon que se ponga! —exigió, casi a gritos.

—Eh, ¿tú eres Maurice? —preguntó al fin la voz del comisario.

—Sí, comisario Momon. Venga pronto, tengo al asesino.

—Oye, si vuelves a llamarme, te voy a meter entre rejas para toda la vida.

—Comisario, usted me hizo un favor en una ocasión, yo se lo hago ahora a usted. Venga y deje de ladrar, tenemos hasta confesión por escrito y todo.

—¿Ah, sí, y el asesino cómo se llama? —preguntó sarcástico el policía.

—Es el abogado Sarcleur, el vecino de escalera del decorador asesinado. No preferirá que lo tire por la ventana abajo, ¿verdad?

—¡Por los cuernos de Satanás, no te muevas de donde estás!

F I N

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



9

788402 025135

11736



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España